

EL
**PELIGRO
SEMITA**

EN LA REPUBLICA ARGENTINA

ALGUNAS REFLEXIONES Y
OBSERVACIONES HECHAS A
LA LIGERA Y SIN MAYORES
PRETENSIONES POR : : : :
TIBERIO LOLO

**PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS**

**COPYRIGHT BY
EDICIONES "AMÉRICA LATINA" — 1919**

*El autor se permite advertir el que leyere que en estas páginas encontrará más de un exabrupto que alarmará a los socialistas demasiado internacionalistas y a los que tienen en la conciencia y en la sangre vestigios semíticos. No se trata de un libro tendencioso en materia de creencias, pero sí de una obra destinada a largar las cuatro verdades que contra los extranjeros inadap-
tados á nuestro ambiente te-
níamos ya repudridas en el
hígado.*



PRÓLOGO



En todos los órdenes de la vida nacional se ha inoculado un elemento tóxico por excelencia y que, aparejado a los perjuicios materiales — financieros, industriales e intelectuales — se trae la amenaza de destruir, de aniquilar en forma ignominiosa, todas nuestras prerrogativas de pueblo consciente y libre, conquistadas ya sea por la lucha tenaz de los que nos dieron la libertad ciudadana como por la labor noble y francamente desinteresada de aquellos extranjeros que llegaron a la Argentina salvaguardándose en las garantías que da nuestra constitución a todo aquel que desea hacer el aporte de su labor y capacidad intelectual.

Pero, al amparo de estas franquicias, más que por otra cosa, impuestas por la necesidad de poblar el vasto territorio de la república, arribaron a nuestros puertos muchos miles de delincuentes, descastados, ele-

mentos antisociales y rechazados de los pueblos europeos donde se tiene alguna previsión para evitar la contaminación de las poblaciones. Hablamos, particularizando, de la invasión semita que por negligencia, por una falta de visión futura de los que gestaron nuestras leyes, ha tenido abiertas todas las puertas del país y se ha ubicado en una forma que está muy lejos de ser transitoria; iniciando de inmediato una lucha de ideales e intereses que, significando ya un serio peligro, nos hace vislumbrar un futuro plagado de dificultades y tropiezos, si es que nosotros los argentinos y los extranjeros identificados con nuestros ideales no iniciamos la reacción que se impone.

* * *

Eliminados del seno de todas las colectividades del viejo mundo, repudiados siempre allí donde exista un puñado de hombres nobles y francos, los judíos no han encontrado otro recurso que el establecerse en los países de América, donde más o menos no sólo se les han dado facilidades para expandirse en sus especulaciones, sino que se les ha equiparado al resto de los ciudadanos nativos o naturalizados.

Al amparo de estas libertades ciudada-

nas, de esas franquicias comerciales e industriales, los judíos han realizado en muy pocos años una obra eminentemente suya, vale decir, con desmedro y burla de nuestra tranquilidad e hidalga condescendencia.

Así lo hemos podido comprobar en momentos de exaltación popular, en 1909 y en el curso de los recientes sucesos que, falsamente, han sido atribuidos a los obreros, cuando en realidad los provocadores fueron, de una parte estos elementos inadaptados y amorales que constituyen la población semita y de la otra, la policía aturrida y alarmada como jamás estuvo.

Fuera de dudas está que esos elementos semitas son los que han propagado en el país las ideas revolucionarias que, si bien tienen una razón de ser en las caducas naciones europeas, donde los *obreros son todos ciudadanos nativos*, mal pueden fructificar aquí, en la Argentina, donde *a los hijos del país y a nadie más* nos incumbe obtener buenos gobiernos para lograr la estabilidad y perfección que estatuye nuestra carta orgánica, liberal y democrática por excelencia... No serán, por lo tanto, los profetas del maximalismo, los librados de presidio, los agitadores, especuladores y timadores

de la más soez condición quienes vengan a darnos libertades — que ya tenemos — y gobiernos populares que, después de todo, no significan sino la tiranía y la autocratización de la ignorancia y la ambición.

(Prueba de que no necesitamos ese triunfo popular es el creciente éxito — obra de la libertad de sufragio — que alcanzan los grupos políticos liberales y obreros de la nación. Cuando la masa electoral esté debidamente educada y sea consciente, entonces, tendremos buenos, buenísimos gobiernos, sin necesidad de patriadas ni motines callejeros.)

Los mismos elementos trabajadores que son una energía del país y merecen la más amplia justicia en sus aspiraciones de perfeccionamiento, hanse mostrado contrarios a este maximalismo que neciamente pretende llevar a manos de mercenarios y descastados judíos el poder que nos es innato y que está garantizado por los extranjeros laboriosos y sus capitales invertidos, sin los cuales nuestro desenvolvimiento económico no sería la hermosa realidad presente.

Los Estados Unidos de Norte América han dado a sus obreros las garantías y derechos más amplios: es allí donde, ni en

sombra, aparecerá este fantasma del maximalismo.

Porque hay que ver lo ridícula que es la pretensión de esos revolucionarios que creen nuestros campos una estepa siberiana y en los que, bajo el barniz de librepensadores, de dinamiteros profesionales, de idealistas del vitriolo, de internacionalistas (¡cómo no lo han de ser estos parias!), aparece siempre el semita con todas sus lacras, con toda su vesanía, con su característica mezquindad.

Y, es por haber vislumbrado este peligro durante nuestras andanzas periodísticas; porque con sentimiento hemos escuchado a unos cuantos malos argentinos lamentarse, como verdaderas plañideras profesionales, de las miserias del hebreo; porque, francamente, se inicia una reacción nacionalista, al cabo de largos años de criminal indiferencia; porque estamos convencidos que, contra el semitismo hay que emplear armas más dignas que el maüser y la bayoneta; por todo esto y algo más, que el lector irá evidenciando en estas páginas, es que publicamos la presente serie de disquisiciones sobre el peligro semita en la Argentina.

TIBERIO LOLO.

Febrero 2 de 1919.



PRIMERA PARTE



ANTECEDENTES HISTORICOS

Implicaría una estupenda necedad el restarle la menor importancia a la historia antigua del pueblo hebreo. Claro que nuestro deseo sería el de que las actuales ideas religiosas tuvieran un sedimento de aquel paganismo optimista y bello como el seno de una virgen que imperó en Grecia y Roma; pero, como por desdicha, las cosas no ocurren así, nos hemos de conformar con un cristianismo que en el fondo no tiene otra cosa que la ignorancia, la cortedad espiritual, el fanatismo y el renunciamiento del judaísmo.

Así es, como, pese a todo nuestro descreimiento, a todo nuestro ateísmo, a todos nuestros anhelos de conocer la cultura clásica greco-latina y el propósito de practicar las enseñanzas de los filósofos helénicos, nos sentimos un tanto semitas...

El odio religioso hacia el judío sólo se alberga en el corazón de alguna madre selva beatona.

Somos un tanto cínicos y lo afirmamos sinceramente: No odiamos sacrosantamente al judío—que es tan retrógrado como cualquier clerical — fundándonos en motivos religiosos. Nos es repugnante por sus procedimientos; nos indigna con su falta de hombría y su negación; y, nos alarma, porque es absorbente, mercenario, usurero y capaz no ya de vender al país, sino de traicionar a su propia madre.

El cristianismo se funda en la Biblia para explicarnos (?) una serie de cosas que, han permanecido obscuras hasta tanto la ciencia no las ha revisado y estudiado. Cristianismo y judaísmo tienen ambos por “historia” lo que no es más que un compendio de filfas monumentales.

Las prácticas indagatorias de los historiadores y sociólogos modernos exigen unas fuentes documentales más exactas y dignas de fé que las narraciones de un profeta famélico, de un cabecilla ambicioso o de un rey atacado de manía poética y furor sexual.

Las excavaciones practicadas en la Palestina no dan muchas luces sobre la vida

del antiguo pueblo de Israel. Sólo allí donde estuvieron expatriados, en los restos de la antigua Caldea, en Egipto y en Roma se encuentra alguna referencia.

Una cáfila de eruditos — de esos que derrochan erudición en una biblioteca — se han dedicado a coordinar, expurgar y restaurar los libros santos de la Biblia. Las discusiones que se han realizado por tales o cuales interpretaciones de los textos sagrados han hecho época. La hermenéutica bíblica se practica desde aquellos días en que existía el templo de Jerusalem. ¡Calcule el lector si se puede arribar a algo definitivo con lo que habrán actuado los correctores levitas!

En la actualidad ni los mismos católicos toman al pie de la letra la Biblia. Hay cosas que sobrepasan a la ceguera del fanatismo. Fuera de algunas inglesas institutrices, nadie toma en serio a la Biblia. Sólo recurre a este libro el hombre moderno para entresacar algunas máximas y para saber si ganará mañana en las carreras o si la novia concurrirá a la cita dada.

Los judíos aún cifran todos sus anhelos en la Biblia. Y, no se puede comprender cómo un fanático del Talmud puede luego pasar ante los ojos de los compañeros de

estudios y de sus colegas, como individuo a la moderna y extraño a toda clase de prejuicios.

En esta continua simulación del liberalismo intelectual encontramos vasto campo para el estudio de las características psicológicas del judío.

Más adelante iremos desentrañando estas peculiaridades y condiciones morales e intelectuales con ejemplos y anécdotas. Por ahora sólo nos reduciremos a comentar los mitos bíblicos que son la base de todas las creencias y modalidades hebreas.

* * *

Un joven se acercó a Jesús y le dijo:

—“Maestro, ¿qué he de hacer para salvarme?”

—“Si quieres entrar en la vida eterna no matarás, no cometerás adulterio, no robarás y no levantarás falso testimonio.”

Como muy bien lo hace observar Ferrière, el divino Maestro estuvo muy lejos de decir:

—“Cree que Dios es el autor del Génesis, del Exodo, del Levítico, de los Números y del Deutoronomio, es decir, de *la Ley*. Cree que es así también, el autor de los libros de Josué, de Samuel, de los Reyes, de Isaías,

de Jeremías y de Ezequiel, es decir, de *Los Profetas*. Sí, cree que la *Ley* y *Los Profetas* son la obra Dios, y serás salvo.”

Jesús no dijo esto porque era algo — bastante — más inteligente que los judíos de entre los cuales salió. Un filósofo sensato y noble como Cristo no podía enlodar la idea del Sumo Bien con las opiniones vertidas por unos profetas locos, tan locos como los que tiene ese señor que se llama San Martín y toma en serio las canerías de Soiza Reilly.

La ignorancia y carencia de conocimientos en la gran mayoría de los pueblos antiguos ha sido motivo para que la leyenda vaya siempre como precedente del relato rigurosamente histórico. Así en Grecia, en Roma y en nuestra misma América.

Ferrière, en su obra “Los errores científicos de la Biblia”, explica el origen de las leyendas patriarcales y dice que tienen éstas su raíz, ya sea en los sentimientos de benevolencia como en la animosidad entre pueblos, tribus y partidos político-religiosos.

Más adelante, al hablar de los profetas, nos los caracteriza como individuos que odiaban la riqueza y la civilización, teniendo predilección por la vida pastoral. Eran

aspirantes a un gobierno sacerdotal, a una teocracia absoluta. Exigían el cumplimiento escrupuloso por parte del pueblo de las reglas de la ortodoxia jehovista más estrecha y que todo otro culto fuera eliminado del seno del pueblo de Dios. Defendían el fanatismo más intolerante, no querían ninguna alianza con los extranjeros y no daban cuartel al vencido porque el perdonarlo era el peor de los crímenes.

Así se ha dado el caso de que la Biblia sea el compendio máximo de insensateces y fanatismos. Los profetas que en su redacción intervinieron lo hicieron antes que nada guiados por su propósito de hacer política religiosa y de un nacionalismo exagerado.

Los resultados ya se han visto. El fanatismo ha hecho de este pueblo el último del concierto universal. Si alguna importancia posee es por sus malas artes y característica mezquindad. En tanto todas las religiones han evolucionado, la de los hebreos ahí está, estacionaria y retrógrada como en los tiempos en que Jesús discutía en el templo con los doctores de la ley. Por esto fué execrado y por lo mismo Spinoza fué repudiado.

He aquí el antecedente histórico que nos

importa conocer. Los hechos, la cronología las dejamos en la biblioteca: están al alcance de todo el mundo. Por lo demás, muy poco dicen en definitiva...



LAS TROMPETAS DE JERICO

Cuenta la Biblia que los hebreos rindieron a la ciudad de Jericó después de rodearla siete días a trompetazo limpio. Esto de las victorias bélicas a base de trompetas posee su relativa importancia, máxime si se tiene en cuenta que el pueblo escogido del Señor hasta el punto jamás había hecho uso ni de las armas ni de las piedras. De los Faraones se libraron por obra de las llamadas siete plagas de Egipto, con lo que, a decir verdad, no salió tan mal librado el pueblo ribereño del Nilo, ya que así sólo se pudieron librar de tan cargosos huéspedes.

A veces a trompetazos, otras merced a la bizzarria de una hembra abnegada, otras gracias a la mano de Dios y muchísimas más... por unas hábiles rendiciones ante el enemigo poderoso, es el caso que los judíos

nunca pudieron brillar por sus condiciones bélicas.

En la antigüedad, el pueblo israelita jamás sobresalió ni como conquistador ni como cuna de guerreros ilustres. Algún antimilitarista nos dirá: — “En eso han estado bien.” Mas, nosotros, que también tenemos repugnancia por las guerras le contestaremos: — “No han estado bien, porque en aquellos tiempos carecer de valor militar era carecer de todo. En épocas que todo se conquistaba más o menos según los cánones de Prusia — tan hábilmente calcados también por los aliados — el no defenderse, el no llevar la guerra al territorio enemigo implicaba la ruina y la esclavitud nacional.”

Y, así ha sido. El pueblo judío ha estado siempre bajo el dominio de sus vecinos más fuertes y emprendedores. Cuando no fueron los Faraones, fueron los enérgicos babilónicos; cuando no fué Alejandro el Grande que subía las gradas del templo de Jerusalem llevado de la mano por el gran sacerdote Jaddua, fueron los romanos estableciéndose con sus leyes sabias y sus vi-
rreyes, a los que tanto se parecen los magistrados coloniales de la Gran Bretaña. Siempre esclavos, antes de Cristo y después

del Cristo. Es inconcebible cómo una raza tan numerosa y unida no se ha sabido sobreponer a sus enemigos. Resulta grotesca esa actitud de Cristos perdonadores. Uno se sorprende ante el caso de Josefo, caudillo de la provincia de Galilea, que se rindió a Vespasiano después de haber hecho la pantomima de un suicidio con un grupo de sus oficiales. Josefo, salvó su vida dos veces, una de la espada de los romanos y otra del cumplimiento del compromiso de honor realizado fielmente por sus subordinados. Con todo, le debemos estar agradecidos, puesto que si no se hubiera entregado tan plenamente a los romanos, no tendríamos hoy su "Historia de las guerras de los Judíos", una de las pocas obras sobre este pueblo que se puede considerar como documental y exacta.

Pero, ¿qué es lo que, en definitiva, han hecho estos judíos? Difícil es decirlo. En beneficio de la humanidad, nada; el influjo de sus ideas religiosas, plañideras y propagadoras de la roña ahogó el bello paganismo de Grecia y Roma. El semitismo ha atrofiado con sus prejuicios ancestrales el alma y el cerebro de todos los europeos. Triste es decirlo, pero quienes más, quie-

nes menos, todos tenemos resabios de semitismo.

Esta falta de valor, esta pobreza de heroísmo social es lo que ha perdido a los judíos haciéndolos aun más odiosos. Incapacitados para una reacción bélica se han servido de la intriga y la calumnia para todas sus conquistas.

Recordemos aquel triste episodio de la iniciación de las persecuciones contra los hebreos en España. No olvidemos que los primeros provocadores fueron ellos, además que éstos habían invadido a la península... Esto puede que nos dé la clave de esas persecuciones político-religiosas. La leyenda negra de España algún día quedará desvirtuada. Los que tales vilezas forjaron contra España han sido judíos. El día que se revisen bien los documentos de la época se encontrará acertada la actitud de la reina Isabel y la del mismo Torquemada: tales verdugos eran para semejantes reos.

Altamira, que no es ningún César Cantú, al comentar la crítica que de la Inquisición hacen los historiadores, ha dicho: "Estos cuadros pueden tener algún atenuante: el uso del tormento como medio de prueba lo aplicaban también las leyes civiles. Al acusado sometido a la Inquisi-

ción se le permitía nombrar defensor y aducir testigos que se llamaban de abono; las penas eran frecuentemente espirituales, consistentes en penitencias y oraciones; las disposiciones aplicadas eran las generales del derecho canónico; las penas corporales eran aplicadas por la potestad civil y tan rigurosamente las aplicaban éstas en sus asuntos; el auto de fe era ceremonia solemne y simbólica para la retractación de los herejes: luego, en lugar apartado, el poder civil ejecutaba la sentencia.”

Lo que hay es que literatos sin escrúpulos e historiadores sin documentación, han dado en escribir verdaderos folletines al respecto de la Inquisición y las persecuciones de judíos.

Téngase presente que se trataba de la unidad de la nación, y que, como muy bien lo hace constar Clarke, muchos judíos volvieron a España fingiendo profesar la religión cristiana, usurpando puestos gubernamentales, llegando a ocupar el cargo de obispos y arzobispos, para luego realizar las más abominables profanaciones y, por consiguiente, indignar a un pueblo religioso y patriota cual ningún otro. Fué también — tal cual lo explica el siempre ecuánime Juan Valera — una fiebre de or-

gullo, un delirio de soberbia que la prosperidad hizo brotar en los ánimos al triunfar después de ocho siglos de luchas contra los infieles. Se llenaron los españoles de desdén y fanatismo a la judaica, se creyeron el pueblo de Dios, y, por consiguiente, lucharon y persiguieron a los enemigos declarados de la religión.

Entiéndase bien esto: lucharon, pero no tomaron ciudades al son de trompetas bíblicas ni entre el musitar de los espías y soplones.

* * *

Jamás dióse el caso, como en el presente, de que una guerra sirviera de sustento y se valiera de la obra de tantos mercenarios, espías e intrigantes. Los pueblos de Europa civilizada se han dado de lleno a tahures y aventureros; la política internacional ha caído en manos de criminales vulgares, aventureros y traficantes de carne blanca, en su mayoría de origen judío.

Todo el mundo se ha vendido, mitad a mitad. Los unos se han entregado a la causa sacrosanta del Derecho, la Justicia, la Civilización y otras monsergas; los otros se vendieron a los teutones, no porque los comprendieran, sino porque eran más largos en los beneficios y usaban menos del

“chin-chín” patriotero. En definitiva, son contados los que hayan simpatizado sinceramente con uno u otro bando. Y los que han permanecido neutrales, además de ser muy pocos, hanse convertido en las víctimas de las recriminaciones de unos y otros.

Ahora una cosa... Habla un argentino y en su tierra. El autor conoce a fondo las manipulaciones de “ciertos” aliados y ha hecho obra periodística quizá más que algunos otros... ¿Sabe el lector qué gente ha servido de instrumento para estos chanchullos? ¡Parece que fuera a propósito: los judíos!

El primer factor del éxito de las famosas listas negras fué el espionaje comercial; los judíos han servido a las mil maravillas, dada su característica condición de cambiar de nacionalidad, no ya cada vez que se mudan la camisa, porque esto lo hacen muy de raro en raro, sino cada día.

Este huroneo se ha hecho — y se continúa efectuando — en todas las oficinas y negocios por medio de empleados sobornados y de “clientes” que podríamos calificar “de carnada”.

En los remates de mercaderías de casas incluídas en la lista negra se ha dado el

caso de encontrar a varios individuos que se encargaban de indicar a los concurrentes la conveniencia de no rematar nada y el peligro de caer en desagrado de las autoridades aliadas que estaban corriendo. ¡Y gracias que todavía prevenían!

Otro caso es el de la extorsión realizada por la casa Max Glücksman sobre los propietarios de cinematógrafos que querían exhibir películas de la firma Martínez y Gunche.

Pese a todo, los judíos son los únicos que han comerciado con aliados y alemanes sin peligro de represalia alguna. Esto ha sido debido a la camaleónica facultad de aparecer ya franceses, ya nicaragüenses o ya indochinos.

Otra de las obras ignominiosas de los hebreos se encuentra en los anales del espionaje universal. Los tribunales de Francia, desde el celeberrimo asunto Dreyfus hasta el de Cailleaux y Bolo Bajá, mucho han tenido que hacer.

Nunca fueron grandes guerreros—¡qué habían de serlo! — pero como intrigantes se llevan la palma. No se habla de escándalos sin que se mencione a algún judío. Desde el comercio, la diplomacia y el periodismo, ellos han llenado su misión. Misión

que, como la de los sitiadores de Jericó, consistió en rodear las murallas y andar a trompetazo limpio. Las trompetas, ahora, han sido substituídas por los elogios, el pseudo-patriotismo y las palmaditas en la espalda.



LA DOCTRINA NACIONALISTA DE BARRES APLICADA A NUESTRO PROBLEMA INMIGRATORIO.

La mayoría de nuestros intelectuales han acusado hasta el presente una censurable y criminal cobardía. Unos por miedo o ignorancia hanse sumido en el silencio o en la indiferencia de eunucos ante este problema harto complicado y peligroso de la inmigración extranjera. Otros, por miedo, por temor a un probable triunfo de los descastados, se han plegado a un movimiento que, queriendo ser socialista, es expresión de antipatriotismo, de cobarde renunciación, y de eso, precisamente, de cobardía. Siempre, para algunos castrados del intelecto y del alma, es preferible estar con los más... Y ellos creen que la mayoría está entre los famélicos — por razón de holganza — que sirven de instrumentos a los enemigos del país.

Los diarios serios, o más o menos serios, se han dado cuenta cabal del conflicto que pone en peligro, no ya a las autoridades nacionales, sino a la nación misma. No ha mucho, el doctor Zeballos, que si ha tenido un defecto en su vida, ha sido el de acusar un acendrado argentinismo, puso de manifiesto el peligro de la intromisión de esos elementos perturbadores y perjudiciales a la vida de la colectividad. Claro que fué atacado por algunas revistas y pasquines, unos por razón de... existencia, y otros porque si no satisfacen ciertos gustos burdos no se pueden desenvolver: en resumen, diarios de cinco centavos el ejemplar y revistas de diez, que aquí, a la inversa de lo que sucede en pueblos como Estados Unidos de América, significan la más baja idealidad, usan la más ramplona literatura y fomentan el onanismo con sus ambiguas ilustraciones.

En definitiva, muy pocos han hablado sinceramente, muy escasos se han sentido argentinos, y casi ninguno se ha salvado de esa ola de extranjerismo, de cosmopolitismo mercenario que está invadiendo el país por completo.

Recordemos que el último censo nacional da en un total de 7.885.237 habitantes,

la enorme suma de 2.357.952 extranjeros. No olvidemos que de este elemento extranjero muy escasos experimentan afecto hacia el país, donde no han venido, precisamente, a dilapidar cuantiosas fortunas. Tengamos en cuenta que salvo el elemento español que se radica completamente en el suelo, adoptando sus usos y costumbres, el resto permanece siempre extranjero y a sus hijos siempre los considera de su nacionalidad de origen.

La presente guerra, con esos mal llamados "voluntarios argentinos", ha puesto de manifiesto la sinceridad del patriotismo de tales ciudadanos. Los llamamientos y convocatorias de clases y reservas han sido demasiado categóricos y expresivos...

Y entre esos dos millones de extranjeros, ¿cuántos judíos no hay? La raza se propaga, es exclusivista y se mantiene siempre bajo sus leyes, aunque aparentemente sean argentinos, ingleses o franceses.

A este respecto recordemos las palabras del historiador Hosmer, que si no es judío merece serlo: "Es verdad que los cristianos les persiguieron, pero ¿cuándo se mostraron conciliadores los judíos?; o exceptuando algunos escogidos individuos de su

raza, ¿cuándo manifestaron algún espíritu de simpatía por sus hermanos de la raza humana, ni intentaron suprimir las barreras de separación entre los hombres? Por lo tanto, en esta historia de humillación, la víctima ha sido en parte culpable...”

Esto nos dice bastante del hermetismo hebreo y los peligros que puede acarrear a un país cosmopolita y demócrata por excelencia como el nuestro.

En Francia, Mauricio Barrés, en su programa nacionalista, llamado de Nancy, ha hecho algunas observaciones harto importantes sobre el peligro extranjero en general y el semita en particular. Aprovecharemos la oportunidad para transcribir parte de este trabajo en la esperanza de llamar la atención de algunos compatriotas, e impulsarlos a reflexionar sobre tan trascendental tema.

He aquí las palabras del escritor francés:

“En las altas esferas de la sociedad como en el fondo de las provincias, en el orden moral como en el material, en el mundo comercial, agrícola e industrial, y en los grandes talleres, el extranjero como un parásito se cobija.

Es el principio esencial de nuestra nue-

va política, aquel de proteger a todos los connacionales del peligro de esta invasión y ponerlos en guardia contra ese socialismo, demasiado cosmopolita, que arruinará y desmembrará la defensa de la patria.

La cuestión hebrea está íntimamente ligada a la nacional. Asimilados desde la época de la Revolución a los franceses de origen, los hebreos han conservado sus caracteres distintivos, y de perseguidos que eran hanse transformado en dominadores.

Somos partidarios de la más absoluta libertad de conciencia; más aún, estimaríamos como un gravísimo peligro el dejar a los hebreos la ventaja de invocar, y a las tantas, de aparecer defensores de los principios de libertad civil promulgados por la Revolución.

Es así como con una acción solapada, exclusivista y sólo a ellos característica, ejercen sus hábitos de monopolio, de especulación y de cosmopolitismo. Otros en el ejército, en la magistratura, en los ministerios, en toda nuestra administración, sobrepasan enormemente la proporción normal y casi con el número podrían alegar derechos. Han sido nombrados prefectos, jueces, tesoreros y oficiales, porque tienen el dinero, que todo lo corrompe.

Sin necesidad de transformar las leyes, exigiendo al gobierno la moderación, deberíamos destruir esta peligrosa desproporción y lograr un mayor respeto para con nuestros legítimos connacionales, hijos de la Galia y no de Judea.

Mas lo importante, sobre todo, es obstaculizar la nacionalización. De este modo nos libraremos de la competencia hebrea y obtendremos que la carta de nacionalidad francesa no sea exhibida por mediocridades.

Resulta, según las estadísticas, que el 90 por ciento de los extranjeros se naturaliza una vez que ha escapado a las leyes del servicio militar activo. Proclamamos que sea el servicio militar la condición para adquirir la nacionalidad. Además, el nacionalizado (salvo el caso de ser alsaciano o lorenés) no debe poseer sino algunos derechos de orden privado, y sólo sus descendientes quedarán asimilados a los ciudadanos nativos y gozarán de sus prerrogativas políticas.

El sistema oportunista de hace veinte años acuerda favores al hebreo, al extranjero, al cosmopolita. Los culpables de este error criminal intentan justificarse con la

argumentación de que los extranjeros reportan a Francia elementos y energías.

Nosotros alegamos que los elementos y energías de que la sociedad francesa tiene necesidad, los encontrará en sí misma sólo con favorecer el trabajo a los más desheredados, a los más pobres, sólo con llevarlos a un mayor bienestar, a una mejor instrucción profesional.

A la vista está cómo el nacionalismo genera, por necesidad, el socialismo. Nosotros definimos así al socialismo: "es el mejoramiento moral y material de la clase más numerosa y pobre".

Después de largos siglos de luchas, la nación francesa ha dado a sus miembros la estabilidad política. Necesario es que ahora los proteja de la amenaza económica por la que ya todos estamos sufriendo.

Definiremos esta amenaza:

Amenaza para el operario.—

El viejo operario no tiene qué comer. Aunque sea robusto está expuesto siempre a la desocupación.

Los salarios han disminuído por la competencia del exterior.

El maquinismo encierra a los obreros en una usina, los reduce a una disciplina mi-

litar y los coloca bajo el arbitrio—o férula— de un patrón. En algunas de las regiones de nuestro país, cierta organización del trabajo transforma al operario ni más ni menos que en un esclavo.

Amenaza para el pequeño comerciante.—

El pequeño comerciante está en idénticas condiciones económicas que el obrero. Son solidarios. El pequeño industrial, el operario o el empleado hacen vivir al pequeño comerciante, ya que la burguesía acude siempre a los grandes negocios. Por medio del “fiado”, el pequeño comerciante da al operario o al empleado la posibilidad de amenguar los tristes efectos de la crisis del trabajo. Pero este pequeño crédito que el pequeño comerciante, almacenero, panadero, carnicero, etc., acuerda al obrero, lo expone a la ruina si la desocupación continúa o si se difunde más aún.

Otra amenaza existe en el precio de compra de los comestibles y artículos que, para el pequeño industrial y el minorista, cambian y ascienden rápidamente por obra de los acaparadores y especuladores.

Amenaza para el agricultor.—

El precio del trigo no depende de la cosecha, únicamente... En otros tiempos,

cuando la cosecha era mala, el agricultor compensaba parte de las pérdidas con el aumento de precios. En el día de hoy, los precios dependen de las cosechas de la India, los Estados Unidos y la Argentina, y del capricho o avaricia de los acaparadores...

... Nuestro deseo es ver protegido al producto nacional, y por ende, al industrial y al operario.

Amenaza para la burguesía.—

La burguesía está amenazada por la tiranía financiera internacional, que transforma los títulos en papeles sin valor.

Hasta aquí la exposición de Barrés. Salvo pequeñas variantes, se percatará el lector de la similitud del peligro extranjero tal cual era en Francia hasta no ha mucho y el que actualmente se cierne sobre la Argentina.

Las mismas causas e idénticos efectos de la liberalidad en la aceptación del elemento extranjero sin seleccionar. En tanto que en los Estados Unidos de Norte América se han sabido encauzar las corrientes inmigratorias, se les ha depurado, se han

excluido los elementos nocivos para la vida y desenvolvimiento de la nación, en la Argentina se les han abierto las puertas de par en par. Aquí, como en Francia, los culpables han hablado de la necesidad de poblar el territorio, de introducir nuevas energías al país abriéndolo a los trabajadores del mundo entero.

No sabemos qué es más importante para el progreso de un pueblo: si unos cuantos miles de obreros que cobran sueldos, en los que la única competencia es la perfección del trabajo, o dos millones de obreros, que trabajan por poco menos que nada y compiten a quien cobra y gasta menos.

Con una profilaxis inmigratoria tendríamos en primer lugar una selección de braceros conscientes, preparados y laboriosos, llegados del extranjero; en segundo término, terminaríamos con la intromisión de los judíos, quienes hasta el presente no han aportado un solo beneficio al país, siendo, por el contrario, vehículos de vicios y amoralidades sin fin; y, finalmente, terminaríamos, pondríamos un dique, a ese socialismo cosmopolita que, derrotado en los países bien organizados, intenta dominar por la fuerza aquí en América.

No todo el éxito estriba en poseer buenas leyes, por las que claman los descontentadizos: basta con que se las aplique debidamente. El proteccionismo para los artículos nacionales es una necesidad, aunque algunos asalariados y obcecados crean lo contrario. Ahora que—¡naturalmente!—es deber de los productores nacionales el elaborar artículos perfectos y capaces de competir en calidad y precio con el extranjero.

Mas... ¿y los fletes, los temibles fletes?

¡Ah, lector, esa es otra! Los ferrocarriles en manos de capitalistas extranjeros son la ruina paulatina de nuestras nacientes industrias! Los ferrocarriles son los aliados del introductor de productos extranjeros, el factor que pone a nuestros industriales en condiciones de inferioridad.

Sería, caro lector, el caso de clamar como aquellos gauchos de antaño: “¡guerra al gringo!”, entendiendo lo que ellos entendían por tal calificación: todos los extranjeros, todos sin distingo alguno.



DE LA HIPOCRESIA

“En la tierra jamás se halla mayor capacidad para el mal que la reconocida a los judíos. Estos sólo tienen burlas y sarcasmos para el resto del mundo: si las maldiciones se realizaran, las tierras por ellos malditas verían secarse, como en Samaria, la hierba en los prados y el agua en los pozos. Nunca tuvo la avaricia más asqueroso aspecto que en el alma de un judío. Las persecuciones causadas por la opresión en que hace tantos años vive su raza, han desarrollado en él aptitudes para este vicio.” Esto no lo decimos nosotros: son palabras de un historiador judío que, como todos los de la raza, bajo la túnica de la plañidera—esta vez con ribetes de imparcialidad histórica—oculta su odio y desprecio hacia todo lo que es extraño a su ley.

Otro rasgo hipócrita lo encontramos en las mismas páginas de la obra de Hosmer, al tratar de las cuestiones religiosas en España. La voluptuosidad del narrador al describir los rasgos de hipocresía de los judíos la aquilatará debidamente el lector.

“No se puede sentir — dice — sino casi una satisfacción al ver algunas veces que la víctima vuelve su mano armada contra el que la oprime tan cruelmente. Los judíos, desde su dispersión, no fueron de espíritu marcial ni de raza batalladora, pero su historia demuestra poder cuánto querían. Al abrir el rey de los Visigodos, Sisebuto, el capítulo de la persecución en la península española, se vengaron facilitando el camino a los moros invasores. El Domingo de Palmas, en Toledo, mientras el pueblo iba en procesión a la iglesia, fuera de la ciudad, los judíos admitieron secretamente a los sarracenos, se unieron a ellos y cayeron sobre los cristianos, que volvían a sus casas.”

Se dirá que esto ocurría en aquellos tiempos... Nosotros recordamos a nuestra vez palabras como éstas: “En lo ideal y en lo moral, como en lo físico y en lo formal (?), el judío de nuestra época es el mismo que en Jerusalem era señor de

Tiro y Babilonia. En la avara energía del mercader judío se encuentra algo del antiguo fuego de los macabeos"; y también la opinión de E. A. Freeman: "Los judíos son, sino una raza absolutamente pura, una raza casi pura, en el sentido de que no hay razas puras en el mundo: su sangre no se ha alterado por la conversión, ni siquiera por los matrimonios. Son un amianto que ningún fuego de amor o de odio es bastante para consumirlo."

Calculemos, entonces, el peligro que para nosotros entraña la existencia de ese pueblo judío que está evidente en todas partes y que, sin embargo, los censos no acusan en ninguna y reflexionemos sobre los beneficios que para nuestro comercio, para nuestras industrias, para nuestras ciencias y artes puede significar, no ya en el futuro sino en la actualidad.

El Talmud en sus sentencias profunda y ciegamente obedecidas nos da la clave de esa hipocresía solapada del judío de todos los tiempos: "—Prefiere ser el maldito a ser el que el maldice.—Sé perseguido, pero nunca seas perseguidor. —No hay animal más perseguido que la paloma, y sin embargo, Dios la ha escogido para los sacrificios de su altar. —Tu amigo tiene otro amigo,

y el amigo de tu amigo tiene un amigo: no te fíes de tu amigo ni le confíes tus secretos.”

Más, sería gollería. Con este florilegio de tacañerías espirituales cualquiera se percata de las razones por las que el pueblo escogido del Señor es avaro, cazurro e hipócrita. Son así por razón de estado y religión. Sólo así es imaginable que durante siglos y a través de los repetidos y prolongados cautiverios de que han sido víctimas, se hayan mantenido iguales y unidos. Desdichadamente no hay nada más arraigado en el alma humana que la mezquindad. Mezquindad que, cuando tiene sus raíces en una religión llega al fanatismo criminal. Recordemos a los gauchos y viajeros que muertos de sed no han podido obtener un vaso de agua durante sus travesías por las colonias judías de la provincia de Santa Fé. Trasladémosnos a las zahurdas de los prestamistas, a las cuevas de la rapiña, donde se entregan cinco pesos de préstamo por una máquina de coser que jamás será rescatada, donde en pleno invierno se advierte a la infeliz mujer embarazada que si no paga la prenda y sus intereses se quedará sin mantas.

Y lo que indigna, lo que da de lleno en

nuestra virilidad, es que esos hombres siempre se lamentan. Todo lo hacen entre lágrimas hipócritas, cuando piden y cuando dan. Siempre así, siempre haciendo de las lágrimas un argumento.

Cuando los escándalos de la semana trágica de opereta, en la Bolsa era, lo que se dice, un titeo. Allí abundan los judíos, son legión y tienen rincón aparte. Algún socio atajaba a uno de los israelitas y le decía:

—Vea, Moisés Baruch, lo van a poner preso por maximalista...

—¿Yo, maximalista? ¿Yo, judío? ¿Yo soy argentino! — y, en su media lengua, diciendo esto, sacaba una libreta cívica.

Realmente el espectáculo era digno de que lo contemplaran algunos de esos argentinos de similor que andan sueltos por ahí. ¡Argentinos! ¡Sí, argentinos aquí, como mañana serán franceses en Francia y rumanos en Rumanía!

El director de un diario, que si goza de nombradía entre nosotros no es precisamente por sus campañas moralizadoras ni mucho menos, es judío polaco. Otro connacional, aunque no-judío, a raíz de un altercado, lo envió a cierto lugar in-

nombrable, le mentó a la madre y le dijo: “chancho judío”.

Uno creería que al punto el director largaría el tubo telefónico y se pondría a masticarle los hígados al que profería tales insultos. ¡No, de ninguna manera! La respuesta fué amable:

—¡Oh, amigo! ¡Usted no sabe cuánto placer me causa al insultarme en mi idioma patrio!

Los comentarios los dejamos a cargo de cualquier sanjuanino de aquellos que por mucho menos han hecho papilla a cualquiera que les ha mentado no a la madre, sino al jefe político del departamento.

DE LA PROPAGANDA REVOLUCIONARIA COMO MEDIO DE DIFUSION DEL SEMITISMO.

Clemenceau ha sido herido por un semita revolucionario, libertario, ácrata o como se le quiera decir. Nuevamente nos encontramos con argumentos categóricos para fundamentar nuestra tesis. El semitismo se vale de un arma tan valiosa como es ésta del liberalismo para realizar sus anhelos de dominación; y, lo peor del caso es que no existe tal liberalismo sincero en ninguno de ellos: lo son en la calle, en la tribuna, en el periódico y en el libro, pero... En la sinagoga, en su vida privada continúan siempre fervorosos creyentes y cumplidores del Talmud.

Gambetta, aquel tuerto formidable que en Italia y Francia llegara a lo inconcebible en sus ardores políticos y en su liberalis-

mo, una vez que hubo logrado sus aspiraciones, una vez que se hizo eminencia, tornó al semitismo originario.

De ahí que para aceptar estas prédicas socialistas haya que mirar un poco el fondo de la cuestión. El internacionalismo es un peligro, no sólo por lo internacional que es, sino por lo mucho de semita que significa. Existen en la Argentina 150.000 judíos y en toda América 1.574.200. Hace unos veinte años, según el "Anuario Israelita" que aparece en París, el total de judíos en las dos Américas era de 43.000, distribuidos casi por mitad en ambos continentes. La comparación de estas cifras es más que suficiente para que el lector se percate del incremento que ha tomado la emigración de semitas hacia el nuevo mundo y la forma alarmante en que se propagan.

¿Qué será de nosotros en un plazo de cincuenta años?... A este paso es muy fácil imaginarlo. El elemento nacional y la población de origen español e italiano que constituyen hoy una gran mayoría, quedará anulada por esa otra raza absorbadora y exclusivista. Dominándolo todo por obra y gracia del dinero y la hipocresía harán del país una nueva Judea. Y,

como nuestra juventud carece de energías, como nos dejamos llevar por esas ideas revolucionario-modernistas de biblioteca Maucci, daremos paso al socialismo triunfante que en el fondo no es más que un argumento y un arma del semitismo.

Ahora el maximalismo está de moda: se le teme y por eso se bromea y se inventan fantásticas repúblicas de los soviets. Nuestros escritores hacen como que se interesan en el asunto y, por lo que pudiera ocurrir, dicen que está bien, que es justo, alegando, finalmente, que al progreso nadie se puede oponer...

(Como todos esos intelectuales no son más que unos vulgares sacamuelas de la historia y de la sociología, no reflexionan sobre lo inadecuadas que resultarían las disposiciones adoptadas en Rusia, en lo que se refiere al reparto del suelo y la distribución de la riqueza nacional. Además, aceptan ya a pies juntillas, lo que aún no es sino una utopía, tan irrealizable como en tiempos de los zares.

Es muy bello sentirse liberales, da cierto carácter intelectual, máxime si se usan melenas y chalina. Todos nuestros conspicuos socialistas hacen versos — y malos — y hablan de Marx con una frescura que desca-

charra. En el fondo son unos pobres fanáticos y esclavos de la idea. Ninguna diferencia existe entre el católico ultramontano que adora a su santidad el Papa y lleva el palio en las procesiones de su parroquia y estos otros hombres de ideas avanzadas que se quitan el sombrero al hablar de los revolucionarios rusos (a los que conocen por traducciones de bibliotecas económicas de \$ 0.50) y llevan grandes cartelones rojos con escrituras que huelen a hartazgo de... no comer por no querer trabajar.

Distingamos, además, que una cosa son los obreros y otra cosa los charlatanes de comité que por ahí andan. Las mejoras del proletariado las ha obtenido éste por sí solo y no por obra de los liberales, socialistas y ácratas que gastan las butacas del Congreso. Ya se ha visto la eficacia de las representaciones parlamentarias socialistas: un conjunto de señores, que en su mayoría, no han hecho en vida más que deambular por antesalas en los tribunales y cuatro o cinco pollos literarios con voces de tiples y andares de niñas linfáticas. ¡Y, éstos hablan de reivindicaciones obreras!

No hay más que ver los secretarios de comité que andan sueltos por ahí, picando las

sobras de los malos pleitos y pontificando... donde nadie les entiende.

Y, esta grotesca pantomima del socialismo la han aceptado todos los argentinos que antes que respetar a lo que llaman despectivamente "quimera patriótica", aceptan la sarcástica e irrisoria autoridad de la Junta Ejecutiva del partido. Argentinos renegados, que se avergüenzan de su bandera y respetan una enseña que no fué hasta hoy más que símbolo del odio y de la piratería. Demócratas a la moderna, que no aceptan ninguna sociedad y empiezan por aceptar las listas de candidatos que les impone un grupo de cabecillas vividores!

Los judíos, como individuos hábiles que son, fomentan ese antipatriotismo, esas ideas ultramodernas, en beneficio propio. ¡Ya veremos, ya veremos, donde nos llevarán si no reaccionamos!

En todas partes están... No se crea que la obra anárquica se realiza entre la clase obrera: en los círculos — que se ha dado en llamar aristocráticos, — allí también están en forma de cronistas y literatos. La mala semilla se reparte profusamente, por todos los medios; y en todos los campos de nuestra actividad se le abren profundos surcos

para que eche raíces, porque somos así, y tenemos castrado el sentimiento del patriotismo.

A todo esto, el peligro avanza, y se va convirtiendo en terrible realidad...

EN EL PERIODISMO

No es que uno pretenda pasar ahora por un puritano quisquilloso ni mucho menos... Eso de horrorizarse porque los periodistas, al igual de las trotonas, se venden al mejor postor es cosa que ya no usan ni los novicios en el oficio. Vivimos en un medio-harto corrompido para hacer obra moralizadora en la forma tal cual lo entienden algunos. El periodismo no es más que la expresión de la moralidad ambiente y, como aquí, en cuanto a eso andamos bastante mal, no es extraño, por lo tanto, que nuestros diarios y revistas — quienes más, quienes menos — vivan de coimas, subvenciones y... chantages descarados.

• Un escritor conocido nos ha dado, no ha mucho, un exponente de cómo andan las cosas. “—Yo—nos decía,—entrego los originales del libro al editor sin entrar en mayor

detalle con respecto al precio de la edición; cuando tengo las pruebas en manos; vale decir: cuando la composición tipográfica está hecha, exijo el pago de la obra según mis conveniencias y bajo la amenaza de retirársela en caso de no conceder lo por mi pedido . . . En el fondo, una especie de chantage, ya que el editor por no perder el trabajo ya hecho, concede lo que no estaba en su plan de gastos”

El vivir de subvenciones en los diarios, tiene hasta cierto punto su explicación. Si yo director de diario defiende a la empresa A. en una licitación pública para el adoquinado de una calle; si en las columnas de mi periódico enaltezo sus materiales de construcción, su pericia, sus obreros, etc. etc.; ¿Es justo que escriba y gaste mi tiempo inútilmente en tanto que el empresario A. obtiene la obra, en virtud de mi campaña periodística, y gana bastantes miles de pesos? Pues bien: entonces es justo y lógico que yo por mi campaña “moralizadora” cobre una cierta y determinada suma de dinero; la que después de todo nunca llegará a ser superior a los honorarios de un abogado que a conciencia defiende una causa mala y la gana, sin que por eso nadie le

enrostre su acto hasta cierto punto inmoral. . .

El mal periodismo no lo hacen los periodistas venales sino el mismo público, el comercio y la industria inmoral.

El chantage no es obra, tampoco de los aventureros del periodismo. Son los individuos poseedores de tales o cuales lacras los que lo fomentan y sostienen.

Sentadas estas dos importantes premisas, vamos a ver que ingerencia han tomado en los asuntos de la prensa los judíos radicados en el país.

Veamos primero, de acuerdo con nuestra primera premisa lo que ha provocado el comercio judío con sus amoralidades, falsías, mixtificaciones y demás condiciones características.

Todos conocen la acción eficaz — hasta no sabemos donde — de las listas negras aliadas contra el comercio alemán radicado en el país. Los judíos, por la ambigüedad de sus operaciones venían a quedar en condición de probables candidatos a la inclusión y, entre estos, los alsacianos-lorenenses (casi todos judíos) por su voluble pasado, eran de entre “los aliados” los más próximos a caer. Aparecieron diarios defensores de la causa aliada y fueron ellos — los judíos —

los primeros en entregar fuertes sumas por concepto de subvenciones y avisos. Los directores de estas publicaciones "eminentemente aliadófilas" vieron el filón y . . . sacaron sus cálculos de recursos.

Así como en otro lugar estudiamos las estupendas operaciones realizadas por los judíos en el campo comercial a raíz de todas las guerras en general y de la presente en particular y la forma hábil con que supieron taparle la boca a todos los consulados y agregados comerciales, aquí especificamos el porqué firmas como Dreyfus, Costaguta, Portalís, etc., han tenido de su parte al periodismo, y — lo más grotesco aún — han aparecido como aliadófilos acérrimos tomándose hasta la molestia de suscribirse con millones a los empréstitos y subcripciones pro-víctimas de la guerra que ellos provocaron y que tan profícua a sus negocios resultóles.

La banca Tornquist, también de origen judío, tiene algo que ver con los ingenios azucareros alemanes de la provincia de Tucumán. Cierta día, el señor Hagemann recibió proposiciones para la venta de un diario de esta capital célebre por sus fuvibundas campañas. El intermediario exigía una cantidad más que respetable, casi

tanta como para transferir un diario serio. La respuesta de este caballero fué categórica:

—“A ese diario lo compro yo con una insignificancia. Cada vez que andan escasos de dinero me largan una indirecta, se vienen por aquí y. . . les doy cien pesos! Usted comprenderá que el negocio nos resulta.”

Otro caso más categórico: Ese mismo diario, recibió durante un tiempo la visita de cierto caballero fracmasón, ítalo-francés, radical con los radicales y figueroísta en tiempos mejores, adulón incansable y jettatore por demás. (Todo esto lo hemos adelantado para advertir al lector y ponerlo en guardia, porque no lo nombraremos. . .). Las visitas — ¡lagarto! — de dicho señor acarrearón al periódico una serie no interrumpida de males, en virtud de su influencia maléfica característica. Una noche trágica el diario estuvo a punto de “quedarse en la estacada”, como se dice en lenguaje periodístico. Alguien insinuó que el causante del mal era el intruso señor y por unanimidad se resolvió cerrarle las puertas. Roto el maleficio apareció un salvador con doscientos pesos, con lo que se pudo pagar al impresor y salir del barranco. A la

mañana siguiente tuvo el director una buena inspiración... abrió una feroz campaña contra cierta fábrica de cigarrillos, lo que le trajo una era de paz y felicidad.

Ya que hemos mentado a este señor Jettatore, no olvidemos que fué un farsante que en aquellos años de Dreyfus hizo derroche de erudición ítalo-criolla. Tampoco echemos en saco roto las insidias y calumnias levantadas contra Paul Groussac por el grupo semita de la colectividad francesa.

El causante de la venalidad en el periodismo argentino es en gran parte Faustino Da Rosa, comerciante artístico que siempre ha actuado al margen de los códigos del país. Dícese que la cotización de las crónicas teatrales empezó en "El Diario", en tiempo que era cronista social uno de los actuales dirigentes del radicalismo. Da Rosa pagaba buenas sumas por la sola publicación de las nóminas de los concurrentes a las veladas de la Opera. Los periodistas le tomaron gusto al negocio y hoy, desde "Idea Nacional" que por su "silencio" tenía asignadas hasta la temporada pasada dos butacas permanentes en el Colón, hasta "La Nación", que poseía 20.000 en total de localidades, todos recibían su sub-

vención y por lo tanto están subordinados a Da Rosa.

Así se ha dado el caso de que nuestro primer coliseo estuviera en manos de esa maffia artístico-industrial; que se haya burlado con semejante descaro a las autoridades municipales; que hasta los legisladores socialistas como el doctor Dickmann: estén allegados a la empresa y hagan confidentes al señor Da Rosa y a unos cuantos tenorinos, de los fallos secretos de los médicos de los tribunales en el asunto del conscripto Rodríguez; que tenores más o menos buenos, como Francell y Bollo Marín no hayan tenido un solo diario que les hiciera justicia y que se haya contado para esa concesión nada menos que con la cooperación de concejales municipales.

Esto es algo de lo que ha hecho la banca judía en pro de la moralidad periodística. Quedan además usureros, prestamistas y demás gallofa, quienes a fuerza de avisos han tapado la boca a más de un exigente y... ¡si se considera lo poco que deja la venta callejera, todo estará explicado!

Los judíos emboscados forman legión en nuestro país. (Algunos cuando allá en la añorada Palestina no quedaban turcos constituyeron legiones de voluntarios.)

Para mantenerse ocultos no han vacilado en comprar no pocos diarios y algunos han caído en las redes de algún hermano en Moisés, harto hábil y aportado buenos miles de pesos en concepto de socios capitalistas.

(¡ Oh, heroicos horteras que pasásteis la vida de trincheras en un hotel de Río o de Santos! ¡ Oh, oficiales de ametralladoras, valientes en el Marne y en Verdun que tornasteis intactos y con un hermoso macferlan! ¡ Cuánto más digno es aquel otro heroico que fué allá, perdió un ojo y... abusa de la concavidad para su publicidad!...)

El juego, en manos de tahures hebreos-
rumanos, sostiene a grandes empresas periodísticas porqué los concesionarios de las salas de los principales clubs son hábiles y saben lo que hacen.

Veamos ahora a algunos periodistas de origen hebreo, que por obra y gracia del mal comercio y la existencia de personas sin escrúpulos, así como por descaro y obliteración del sentido moral, han hecho carrera en nuestro país.

No intentaremos hacer una relación completa; ¡ de ninguna manera! Sólo nos referiremos a unos cuantos a manera de ejemplo y demostración de lo que nos hemos

propuesto al escribir este libro: dejar constancia de los beneficios reportados al país por la colectividad israelita.

Algo experimentados en esto del periodismo usaremos de tres ejemplos, cada uno de los cuales se referirá a las respectivas subdivisiones del bandolerismo de la prensa. Conste además que, en esto de la amoralidad periodística, no sólo los judíos se llevan la palma.

Primer caso: Periodista intrigante en el campo político y diplomático. Adulón de todos los gobiernos y arma de los políticos sin escrúpulos. Individuo sin nacionalidad definida, francés en la Argentina y argentino en Francia, sin padres conocidos y con altas vinculaciones en ese *demi-monde* de los rastacueros político-diplomáticos de París. Hombre vinculado, además, a todo cuanto procésado célebre ha habido en Francia. Desfachatado sin igual que llega al cinismo de decirle, entre amenazas, a otro colega suyo: — “Si usted se mete con mis parientes y mis orígenes, yo le saco los suyos”. Apelante el Círculo de la Prensa por cada una de las “extralimitaciones” que se cometen con su periódico. Repudiado de todos los centros sociales y que sin embargo merece respeto y consideración.

En resumen, un judío que tiene hasta la falta de franqueza de afirmar su credo y nacionalidad.

No cometeremos la insensatez de nombrarlo. El lector lo conoce y en Tucumán cualquiera le puede dar referencias al respecto.

Segundo caso: Aventurero internacional, activo, hasta cierto punto simpático, hombre que necesitó formarse una situación y aprovechó las facilidades que le brindaba el periodismo y las innaculadas manipulaciones de "cierto" comercio aliado. Como hombre de ideas tiene muchas, todas las que le sugiere un grupo de amigotes en un café de sospechoso nombre. Instrumento de cualquier venerable Troisi y víctima de sus escasos conocimientos gramaticales. De su periódico ha hecho un paladín de la noble causa aliada (lo mismo le hubiera dado la alemana) y lo sostiene a fuerza de sacrificios y números extraordinarios. Este caso es el del periodista inmoralizado por el medio ambiente y hasta cierto punto es el más disculpable, ya que no es sino un producto, una síntesis.

Tercer caso: Estafa vulgar. Diario que se anuncia, establece local, edita un hermoso número facsímil, larga una jauría de

corredores y comisionistas, recoge 25.000 pesos por subscripciones y contratos de avisos y... a los tres meses la bandera de remate ondea en el local de la Redacción. Las víctimas de estos casos no tienen ni siquiera el recurso de acudir a los tribunales.

¿Qué dice el lector de estos representantes del cuarto poder? ¿Qué diría si aún le presentáramos a los estafadores* de la publicidad como aquel insigne introductor de las pastillas Yum-Yum, que dejó buenos clavos en agencias de publicidad y diarios? ¿Qué diría si habláramos de los intrigantes, de los allegados a las grandes empresas y que hacen de intermediarios? Y... si siguiéramos la enumeración de los diarios propiedad de los judíos, de esos diarios que estafan a sus empleados, en tanto los directores figuran en sociedad y se pavonean con los millares de venta callejera?

Sería hasta perjudicial para el lector y, no dudamos, al día siguiente de leer esa reseña no cogería ni con pinza un diario, cualquiera que fuera.

Porque, lo repetimos, nuestro periodismo, salvo rarísimas y honrosas excepciones, es de lo más amoral que darse pueda, y desde los colosos hasta los más insignificantes, esos periódicos de verano que viven una

semana, todos están vendidos al mejor postor y lejos de servir de ayuda a la población son un veneno y un peligro.

Y, siendo así, ¿cómo no imaginar la existencia, la primacía de los judíos en este oficio?...

EN EL CAMPO DEL ARTE

El eje de la evolución de la vida hebrea ha sido su idealidad religiosa, la que ha servido de tronco a la gran mayoría de los credos modernos, entre los cuales desde el catolicismo romano, hasta el mahometismo, todos acusan un marcado fondo de semi-tismo.

Mas, se da el caso, bien extraño por cierto, de que en tanto las religiones derivadas del judaismo han asimilado las enseñanzas del arte greco-latino y hasta dado origen a una nueva modalidad y tendencia artística, éstos se han mantenido siempre indiferentes y anulados para toda concepción artística.

¿Qué razones tuvieron para sostener ese mutismo artístico, — se pregunta Julio Bazán — habiendo vivido al lado de los pueblos que más nombradía dejaron como cons-

tructores y cuyas ruinas asombran a las gentes todavía, a pesar de las mutilaciones y la enormidad de siglos transcurridos? ¿No aprendieron nada de los pueblos en que repetidas veces estuvieron esclavizados? ¿No recibieron ninguna influencia del floreciente Egipto, de la Mesopotamia, de la Siria y del Asia Menor? ¿Es posible que durante sus últimos años, cuando lo dominación romana, no se sintieran contaminados por cualquiera de las ramas del arte, tan difundidas, aceptadas y protegidas? Y, en los tiempos modernos, ¿cómo no existir entre tantos millones de judíos como están diseminados por el mundo, un grupo representativo, exponente de la potencialidad artística generadora?

El mismo autor nos explica cómo Moisés, al fundar la religión de los hebreos, se preocupó principalmente, en su pensamiento monoteísta, en quitar toda representación plástica a Jehová. Sus preceptos tienen tan expresamente marcada esa determinación, que se la ve repetida en casi todos los libros del Pentateuco. Recordemos las palabras divinas “No os haréis dioses de oro ni de plata” y “No te formes dioses de fundición”, proferidas a raíz de aquella intentona del vellocino de oro al pie

del Sinaí, Salvo el arca de la alianza y aquella fabulosa serpiente de bronce, ninguna otra obra artística se menciona en los libros. Con tan insignificantes elementos y tan rigurosas prescripciones no fué muy fácil que el arte se desarrollara entre el pueblo judío; máxime si se tiene en cuenta que justamente la alianza de la religión con el arte es lo que nos ha dado alguna luz sobre las civilizaciones de Egipto, Caldea, Asiria, Grecia y Roma. De ahí, también, la ignorancia por falta de fuentes documentales de lo que en realidad fué el pueblo de Israel. Sólo queda el conjunto de leyendas de la Biblia, fidedignas hasta donde pueden serlo todas las tradiciones, y parte de los relatos de los historiadores de los pueblos conquistadores que dominaron en Jerusalem.

Hasta David y Salomón, muy poca pompa revistió el culto divino; a lo sumo eran altares erigidos “debajo de los árboles y sin elevación artificial de graderías, para que no descubran tu desnudez e indecencia”, decía el libro sacro inculcando esa hipocresía del desnudo hasta nosotros transmitida. Salomón, si fué genial en su concepción del templo de Jerusalem, se hubo de contentar con la labor de operarios y ar-

tífices extranjeros, tal era la ignorancia de su pueblo en artes e industrias. Ignorancia que, a la verdad, contrasta con las grandes empresas egipcias, caldeas y asirias, todas ellas realizadas por el esfuerzo de los reyes y la labor de los súbditos. Quizá en esto resida la razón de lo perdurable de estas obras...

En general la arquitectura funeraria hebrea careció de originalidad y queda muy atrás del límite de perfección alcanzado en Asia y Egipto. El autor más arriba citado dará luz a quien tenga interés en tal asunto. A nosotros esto nos es suficiente, ya que no buscamos más que hacer una síntesis de la potencia artística hebrea.

De las obras del pueblo hebreo en realidad no queda más que la Biblia. Ya hemos anotado que por tal entendemos el conjunto de los cinco libros de Moisés, Josué, los Jueces, Ruth, los cuatro libros de los Reyes y los dos de los Paralipómenos; el primer libro de Esdras y el segundo llamado de Nohemías; Tobías, Judith, Ester y Job; Las parábolas y proverbios de Salomón, El Cantar de los Cantares, La Sabiduría y El Eclesiastes; los cuatro libros de los profetas, Isaías y Jèremías, con Baruch, Ezequiel y Daniel. No estará demás recordar

con Wilde que esta biblioteca descomunal y la cerveza son las causas de la imbecilidad de los pastores protestantes...

Sea. Mr. Gooch, en su monografía "El desenvolvimiento de la ciencia histórica", en los últimos años, nos da algunos datos interesantes sobre el pasado hebreo.

"El conocimiento del antiguo Oriente—dice—ha sacado grandes luces del antiguo testamento y contribuido a la vez poderosamente a su estudio crítico; y, como consecuencia, han quedado fuera de toda controversia los problemas esenciales de la historia judía. Antes de comenzar el siglo, Eichhorn había adoptado el principio de considerar los libros del antiguo testamento como escritos orientales que debían interpretarse en conformidad con las costumbres e ideas semíticas. En el segundo y tercer decenio, Gesenius y Ewald echaron los cimientos de la verdadera filología semítica; y, la Historia de Israel del último, obra sin rival en cuanto a su mérito literario, ingeniosa disposición y originalidad en el modo de encarar el asunto, hizo que el pueblo judío entrara definitivamente en el dominio de los estudios históricos. En 1836, Vatke restableció el orden en los libros sagrados y expuso debidamente las etapas

del desenvolvimiento religioso. Su obra fué confirmada y continuada por Reuss y Graf; y en manos de Kuenen y Wellhausen llegó a servir de fundamento a una revisión de la historia. Las excavaciones no han suministrado grandes luces para ilustrar a la historia judía; pero en cambio la han aclarado considerablemente los estudios sobre los ritos e ideas semíticas realizados por eruditos como Lagarde, Nöldeke y Fobertson Schmith.

Después de esta parrafada erudita el lector se preguntará a dónde es que vamos a parar, ¿no es así? — ¡Vaya!, a ningún lado: experimentábamos el prurito de aparecer interesantes y nada más. Como se verá, en definitiva, todo lo que del pasado artístico de estos señores antiestéticos, de luengas barbas y achaparradas narices no es más que una pura filfa o, lo que es lo mismo, leyenda bíblica.

Veamos si en los tiempos modernos estos señores andan mejor...

Si el cristianismo ha tenido su benemérita institución de la Inquisición, el judaísmo no le va en zaga. Más aún: en tanto el primero trató por todos los medios de acercarse los cerebros privilegiados, el segundo

procuraba anularlos, destruirlos o sobornarlos!

Ahí tenemos el caso de Spinoza, el filósofo judío de Amsterdam. Tal fué el temor de los rabinos ante los progresos intelectuales del joven filósofo que, según nos lo cuenta Colerus, “le ofrecieron una pensión de mil flóres con tal de que guardara silencio y no discutiera en la sinagoga”... Ni más ni menos que esos comerciantes aliados (obedientes al Talmud), que se compran a los periodistas y cónsules con una facilidad pasmosa.

Spinoza, que no borroneaba cuartillas inútilmente y que para vivir se lo pasaba puliendo cristales (¡oh ironía, él que hacía ver a los miopes de la vista a duras penas pudo sacar de la obscuridad a los miopes del intelecto!...) no quiso aceptar este soborno. A poco casi lo mata una noche un tío divertido y se salvó gracias a un chaleco con forro triple como no lo hacen hoy. No contentos los rabinos le hicieron cuantas fechorías pudieron, aunque todo inútilmente.

Spinoza tuvo una patrona de pensión muy cristiana, a la que solía sacar de sus reservas mentales con palabras tan consoladoras como éstas: “No dudéis de vuestra

salvación siempre que a la devoción unáis las tranquilas virtudes de la vida doméstica.”

Escribió varios libros, entre ellos una “*Ética*” que es un encanto para hacer oposiciones a la reclusión perpetua en una casa de salud y murió a los cuarenta y tantos años, después de dar a sus hermanos de raza el disgustazo enorme de no contar con un hombre de tanta valía para cobrar un puesto entre las naciones que han dado algo notorio a la humanidad. Auerbach cree “que la mente de Spinoza ha nutrido el pensamiento humano para dos siglos.” Con que... ya ven lo que se han perdido!

Heine, tiene con Spinoza la diferencia de que habiendo renegado de los judíos no ha hecho más que poesías, por lo que muy poco se han inquietado los doctores de la ley. Muy al contrario hablan de la similitud de su poesía con el espíritu de la raza tan intenso, tan persistente y tan perseguido... Heine ha dicho algo en sus memorias que no está del todo bien si se mira con ojos semitas... ¡En fin! Con este tampoco logramos dar algo a los hebreos. Verdaderamente lo lamentamos.

Wagner en materia de negar cualidades artísticas a los hebreos era tan colosal como

su música. En cierta oportunidad escribió una diatriba contra la influencia judaica en la música, y dicese que preparó una composición especial para vindicar contra los hebreos la superioridad del gusto puro teutónico. Con todo, han tenido talentos musicales que si no son un Chopin o un Beethoven al menos son un Mendelssohn, Halévy, Meyerbeer y Rubinstein. (Este último no es ese pretendido genio que anda enterneciendo por ahí burguesas cloróticas).

En las artes militares, después de su dispersión, los judíos han contado con muy pocas eminencias. Para ser justicieros nombremos al Mariscal Massena...

Ahora escuchemos las palabras de un historiador parcial: "En la paz — dice Hosmer — el renombre de los judíos en la agricultura y en los oficios es breve también. Hubo tiempos en que figuraron como cultivadores y mecánicos; al presente no lo son, y el hecho que rara vez trabaja con sus manos, ni gana el pan con el sudor de su frente, ha servido de base para el juicio tan duro contra ellos."

En nuestro país un grupo de muchachas aficionadas ha dado en estos últimos tiem-

pos en sentir inclinaciones por la pintura y el arte cinematográfico. Como estas artes dan muy pocos quebrantos de cabeza sus adeptos se dedican a las prácticas feministas. De ahí que en breve sean tantos los comités pro-reivindicación de derechos de la mujer como... mujeres hay en la capital. Algunas otras, se han dado a la práctica de oficios más substanciales que oscilan desde aquel bello arte de sacar muelas hasta el de manicuras con todos sus agravantes inherentes.

Los intelectuales hebreos son legión en el país (aquí quien dice poeta dice intelectual...). Han constituido sinagogas especiales y centros culturales que tienen el defecto de ser como todos los ateneos y círculos del mundo.

Como artistas, a la verdad, no hemos conocido ninguno... salvo cierto escritor artista en eso de decir gansadas contra el gobierno por cuenta y riesgo de algunos políticos profesionales desairados, o lo que es lo mismo, en situación de disponibilidad.

En resumidas cuentas, aquí como en todas partes, los judíos no brillan por su ingenio artístico. Tienen eso sí, la supremacía del agiotismo, de la usura, de la trata de blancas, de la mala política, de la pro-

paganda tendenciosa, del comercio deshonesto, del periodismo mercenario, del rastacuerismo y de otras tantas manifestaciones de refinamiento espiritual. Pero esto del trabajo noble, del empleo del ingenio y del talento, del arte, de la probidad comercial, de la honorabilidad ciudadana y de otras prerrogativas de "anticuado nacionalismo" son cosas que para ellos están de más.



EL PELIGRO DEL PSEUDO-INTELECTUALISMO HEBRAICO

Uno se pregunta si un individuo que acepta a pies juntillas los mitos de la Biblia puede ser un intelectual sensato, un hombre moderno en el pensar y sincero en el decir. Y, no hay explicación posible... El judío antes que otra cosa es judío y rige sus destinos por esa serie de libros que si como leyenda son un encanto, como realidades históricas son una perfecta mixtificación.

Toda la andamiada del hebraísmo estriba en atribuir a la Biblia — llamemos así el conjunto de libros desde los cinco de Moisés hasta los dos de los hermanos Macabeos — una redacción divina o de influencia divina. Ferrière, así nos hace observar que con esto se obtienen tres efectos eficacísi-

mos para una organización político-religiosa, pero a todas luces elocuentes para una inteligencia modernamente sensata. Primero: Atribuyendo a Dios las teorías físicas y naturales de la Biblia se da por resuelto el problema del universo, agregándose que cualquiera otra teoría que no sea la bíblica, no sólo es un error, sino también un ultraje a la Divinidad. Segundo: Mandando aceptar como aplicación de la moral divina los actos salvajes de que está llena la historia de las tribus sumergidas en la barbarie, la iglesia católica como las instituciones semíticas religiosas, chocan contra las prescripciones de la ley natural y reducen a las almas ilustradas a la alternativa de abdicar de la razón, es decir, del atributo de la humanidad, o de repudiar a cualquiera de ambas autoridades religiosas. Tercero: Haciendo de los libros sagrados un instrumento de represión contra quien investigue la verdad en las ciencias naturales o en los estudios filosóficos se inspira a los sabios y pensadores un verdadero horror y menosprecio por la Biblia.

Ahora nos preguntamos: ¿qué diferencia existe entre el hebreo que asiste a nuestras facultades, que dicta cátedras, que escribe historias, que oficia de médico o de

abogado y concurre según el precepto a la sinagoga y un católico fervoroso e intransigente? ¿No hemos escuchado a uno y a otro decir, en medio de una discusión, al tratar un asunto “que antes que nada son católicos o judíos”? ¿Cómo esperar de tanto intelectual judío como anda por ahí una idea definida y sincera? ¿No es un mito eso del intelectualismo hebreo tan defendido por nuestros escritores y autores de “pavaditas” para revistas ilustradas? Otra cosa sería si hablaran de honrosas excepciones, de un Heine o de un Spinoza, de cualquiera de esos que se han animado a romper con la necedad tiránica del credo religioso... Mas ¡tan pocos entre los hebreos del país son los que se convierten a la razón! ¡Es tanta la intransigencia del judío si se compara con la del católico! Parece que tuvieran obliterado ese conducto por donde a todo hombre le llega la voz de la razón.

No olvidemos que en España, cuando el decreto de 1492 los judíos antes que confesar abiertamente su religión se convirtieron en cristianos simulados, llegando a obligar a las autoridades de Castilla a la creación de policías secretas. Si eso se hacía entonces, si llegaban a vestir hasta los hábitos religiosos y tocarse con la tiara obis-

pal, nada puede extrañar que hoy se conviertan en librepensadores, en ácratas, en eso que hoy se llama maximalistas... aunque luego concurren a la sinagoga y guarden riguroso precepto el día sábado.

Nuestros estudiantes saben bien de la inteligencia de sus colegas judíos. Fonógrafos que parecen haber descubierto el recurso de la repetición textual, ajena a la inteligencia y al razonamiento. Adulones incansables, pegajosos y obstinados que llegan a hartar a los catedráticos. Llegar al título o al grado: he aquí la aspiración de la mayoría de nuestros estudiantes hebreos. ¿Razonar, para qué? Hay que llegar, recoger muchos diez — sin analizar la justicia del profesor — recoger muchos diez como si dieran intereses. ¡Oh, cuánto diez se ha convertido en atrofia mental, cuánto diez ha terminado en una espantosa congestión cerebral!

Esos compañeros hebreos de facultad, muchachos al parecer estudiosos, no aparecen luego en la vida. ¿Se anulan? ¿Se pierden? Tal vez no; quizá se transforman en el peligro, ese peligro de lo solapado, de lo cazurro, de lo exclusivista, de lo eminentemente judío.

Algunos prestigiosos pensadores argentinos y... otros que piensan por inspiración

de sus distinguidas mamás — ¡oh, chulos de la labor materna! — han llenado de lamentos las páginas de los diarios y revistas hebreas. El señor Lugones escribe muy bien, domina la historia y la gramática en forma admirable, pero el señor Lugones es injusto y parcial. Lamenta los destrozos causados en la propiedad de los judíos y olvida el asilo que incendiaron un grupo de exaltados y una pandilla de rámeras sacadas de los burdeles de los alrededores del Mercado de Abasto. Debieran ver esos intelectuales el destrozo causado, no en la iglesia, sino en las aulas y dormitorios, donde descansaba un grupo de huérfanas. No queremos atribuir a los socialistas esa obra imbécil, porque allí no se ve una razón, ni un poco de utilitarismo, ni un ápice de dignidad. Los socialistas franceses, cuando la cuestión de las congregaciones religiosas, fueron los primeros en pedir la incorporación de las escuelas y templos a los bienes del Ministerio de Enseñanza. En Portugal los revolucionarios respetaron los conventos y asiladas. No se destruyeron ni los pianos. Aquí no; aquí se destruyó en una salvajada, todo cuanto tenía valor; mejor dicho, se robó todo lo pignorable, todo lo “cambalacheable”, porque así lo hemos visto nosotros. No fué el odio del pueblo, ni

los liberales lo que destruyó el convento: fué el fanatismo religioso lo que impulsó a una turba de inconscientes. ¡El examen del cadáver de uno de los incendiarios fué harto elocuente! Y, conste, que cayó con estopa enchumbada en petróleo: no hay dudas al respecto.

Alguien ha tomado en serio las lamentaciones de Soiza Reilly; nosotros no. Al que hemos escuchado proferir inícuas palabras, en el teatro Coliseo, un 12 de octubre, contra el país y sus gobernantes para adular a un grupo de italianos patrioteros; que debían estar, como sus connacionales cumpliendo su deber patriótico; al periodista que hemos visto pintado en sus andanzas por Alemania, Francia e Italia, no lo podemos tener en cuenta: habló de los judíos porque consideró que sus crónicas así en trágico suenan mejor. Eso es todo.

Aquí, por lo general, entre nuestros escritores, hemos recogido la impresión no de una falta de cariño al país sino de la existencia de una adulonería al extranjero, ni más ni menos que si se le tuviera miedo... o se le estuviera obligado.

Y, en esto de los judíos, verdaderamente, la cosa se ha evidenciado en forma vergonzosa.

LA TRATA DE BLANCAS

No vamos a entrar ahora en el campo de la discusión ni mucho menos. Estamos convencidos que la prostitución es una necesidad social dada la conformación de nuestras costumbres y hasta tanto nuestras mujeres continúen dominadas por los prejuicios.

En el Japón las muchachas pobres ejercen el oficio de cortesanas como aquí el de corseteras; y, hasta quizá no es aventurado decir que las bellas niponas ponen más empeño en su cometido. Aquello se permite como un medio de vida, como un recurso para que las bellas muñequitas de porcelana y seda no se mueran de hambre.

Nosotros, como estamos más civilizados, tenemos la prostitución organizada en una forma... No es para su sustento que trabaja la mujer sino para mantener los vi-

cios de un tío chulo, legañoso, barbudo y con una moralidad que únicamente tiene explicación si se leen algunos versículos del Talmud. Entre ellos, encontramos uno que también se usa como jaculatoria en las horas de la mañana, y es:

“¡Señor, te doy gracias por no haberme hecho mujer!”

Así se concibe que la exclusividad de la explotación de la mujer la tengan los judíos, en el país. Llega a tal punto la supremacía de este elemento que muy difícilmente se encuentra un falansterio que no esté regentado por una dama de esas que, poniendo en práctica otro precepto de la ley talmúdica, que dice: “La ociosidad engendra malos pensamientos: impónle a la mujer la obligación de trabajar en labores de lanas”, se pasan la velada haciendo calcetines en tanto las niñas de la casa hacen... del amor un asco.

De la supremacía del elemento hebreo en estas artes nadie dudará. No caben en cuanto a esto reservas mentales de especie alguna: los archivos de la policía y los libros de matrícula municipales son harto elocuentes.

¡Claro! que preferible es que las hebreas tengan amor a este oficio y sean mayoría

entre los millares de trotonas que andan por nuestras calles. Hasta sería una fortuna que ellas solas cargaran con tan justa fama... Lo repugnante es la bajeza, la impunidad con que cualquier chulo las explota, las convierte en algo así como un aparato de esos que se colocan en los vestíbulos de los teatros para sacar monedas al público.

¡Lástima de oficio! diría una helénica cortesana del Cerámico. Al menos entonces se ponía un algo de arte en el desempeño del oficio. Ahora... ahora se trata de finir cuanto antes para "hacer otro señor" y tener contento al chulo. Esto, cuando no es por temor a los golpes y malos tratos inferidos al no llevarles las oficiantas lo que los muy guarros esperaban.

Nuestro país tiene una serie hermosa de leyes, una de ellas es la Ley Palacios. Un encanto de ley en virtud de la cual podíamos deshacernos de todas las cortesanas, y, por ende, de una buena camada de judíos. ¿Por qué no se aplica? ¡Bah! Fácil es saberlo: la policía y la inspección municipal están por arriba de muchos prejuicios...

Aquí existen empresas teatrales que viven nada más que de las mujeres. Con todo cinismo las administran, las distribuyen,

y ponen bajo severa inspección, en sus teatros, cinematógrafos y cabarets. ¿Cómo se permite éso? ¿Cómo todo! A fuerza de avisos en los diarios, subvenciones a los periodistas y coimas a los malos funcionarios públicos.

Y, todo, o casi en su totalidad, está en manos de judíos.

Terminaremos en una forma bíblica. Eso de estar con la Biblia en la mano a cada instante nos resulta harto inmoral... A veces comprendemos lo entretenido que les resultaba el librito en cuestión a esos aventureros y robinsones de contextura inglesa: difícilmente existe una obra más inmoral en las literaturas universales; sin embargo, así y todo, la Biblia sirve de base a las creencias humanas de origen semítico desde la de los judíos hasta la de los salvacionistas.

Veamos, entonces, como Abraham, por inspiración del Señor — ¡en las que meten a persona tan respetable! — se convierte en el chulo de su señora esposa y en el patrono de los idem que en este bajo y pecador mundo han sido.

Dice el capítulo XII del Génesis (versículos 10 a 20):

- 10 — Y hubo hambre en la tierra, y descendió Abraham a Egipto para peregrinar allá; por que era grave el hambre en la tierra.
- 11 — Y aconteció, que cuándo llegó para entrar en Egipto, dijo a Sarai su mujer: He aquí ahora, yo conozco que eres mujer hermosa de vista.
- 12 — Y será, que cuando te verán los egipcios, dirán: Su mujer es. Y matarme han: y a tí darán la vida.
- 13 — Ahora, pues, dí que eres mi hermana, *para que yo haya* bien por causa tuya, y viva mi alma por amor de tí.
- 14 — Y aconteció, que como entró Abraham en Egipto, los egipcios vieron la mujer que era hermosa en gran manera.
- 15 — Y viéronla los príncipes de Pharaon, y alabáronla a Pharaón, y fué llevada la mujer a casa de Pharaón.
- 16 — Y Abraham hizo bien por causa de ella, y tuvo ovejas, y tuvo vacas, y asnos, y siervos, y criadas, y bueyes y camellos.
- 17 — Más Jehová hirió a Pharaón y a su casa de grandes plagas por causa de Sarai, mujer de Abraham.

18 — Entonces Pharaón llamó a Abraham y díjole: ¿Qué es esto que has hecho conmigo? ¿Por qué no me declaraste que era tu mujer?

19 — ¿Por qué dijiste: es mi hermana? y yo la tomé para mi mujer. Ahora, pues, he aquí tu mujer, tómatla y vete.

20 — Entonces Pharaón mandó a cerca de él a varones, que le acompañaron, y a su mujer, y a todo lo que tenía.

Pues bien: dése por enterado el lector de las agallas de este buen señor Abrañam, y calcule que como este peregrino cónyuge muchos, muchísimos, son los judíos, que hacen de sus mujeres una mina de fácil y fructífera explotación.

Como ya está dicho, los archivos municipales hablan claro a este respecto; y más aún los policiales. Allí, no será difícil encontrar algunos miles de desahogados, que viven de las hetairás y constituyen uno de los gremios más importantes de la colectividad israelita.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

INTERMEDIO DE APOSTILLAS

Uno se pregunta porqué ese grupo de jóvenes hebreos en lugar de levantar encuestas entre esos nuestros literatos de cartel y retratitos no lo han hecho entre los comerciantes e industriales...

¿Qué existen israelitas decentes, honestos y liberales? ¡Claro que sí! ¿Quién dice que no? ¿Acaso no hay también clericales dignos de nuestra amistad descreída y liberales y dinamiteros capaces de enternecer a un canónigo?... Esto no obsta para que los judíos, los católicos y los dinamiteros de profesión, en su mayoría, nos estraguen el estómago.

He aquí el supremo anhelo de los estudiantes semitas: llegar a bachilleres... Bachilleres... ¿Sabe usted lo qué significa ser

bachiller?... ¡Pues nada! La primera estación de ese paseo sobre rieles pulidos y protegidos por el estado, que se llama universalismo. Como quien dice: llegar a un título llevado de la mano por los catedráticos que son los conductores del ferrocarril del universalismo.

Ellos no se convierten, no ya al cristianismo, sino al modernismo, al europeísmo, a todo lo que no es semita. En cambio — ¡qué sarcasmo! — los católicos, los europeos, los modernos se transforman en semitas y frecuentan la sinagoga. ¡Oh el amigo que creíamos todo uno y que nos ha sorprendido con su semitismo!

Ellas parecen vacas, muñecotes de goma; ellos son “Eso”, “Eso” que vemos tras unos cristales opacos en las noches que andamos con el hígado congestionado.

Nuestra Biblia, al margen de algunos versículos, tiene acotada una palabra gráfica, demasiado castiza: Chulo. (La existencia de los chulos insignes en la historia del pueblo elegido es algo alarmante y elo-

cuenta... Ni más ni menos que la de los filósofos en Grecia).

No es odio religioso, ni antipatía por que sí: es algo que tiene su fundamento a poco que se escarbe.

Hasta las hetairas hebreas (¿cuáles no lo son?) tienen ese instinto soez y repugnante de la rapiña y la desconfianza. ¡La moneda! ¡Oh, la moneda! Y, antes de nada la embuten entre carne y media, temerosas de que se las escape.

Que la gran mayoría de las mujeres están por arriba de los prejuicios, es cosa que todo el mundo sabe. Pero, en esto, las hebreas, les dan punto y raya a todas las otras.

Los metecos tienen miedo, terror pánico, de que se empiece a perseguir a los judíos... Esto significaría un peligro para el internacionalismo de nuestra nacionalidad.

¿Estará el Talmud reñido con el agua, o el agua con el Talmud?

En Madrid, los judíos no alcanzan a la suma de quinientos... Algún imbécil de esos que han forjado la leyenda negra de España, puede que nos salga con un alegato sobre la decadencia de esta nación a raíz de la expulsión de los judíos... Mas, no olvidemos que en todas partes del mundo — ¡váyase a saber por qué! — los judíos fueron despreciados y aherrojados. En España la cosa ha durado porque, mal que les pese a los modernos sociólogos, allí — salvaje o no — se mantiene íntegro el espíritu y las características de la nacionalidad.

¿Existe un cinismo más repugnante que el de Natham Rothschild, haciendo su fortuna en la Bolsa de Londres, *aprovechando la noticia de Waterlloo, que él tuvo antes de tiempo? ¿Quién, sino un judío puede acallar la voz del entusiasmo patriótico para lograr un éxito bursátil a costa del temor y la ignorancia de sus compatriotas?

(Modelo de un cartelito a colocarse en las ruedas bursátiles):

¡Cuidado, señores bolsistas! Próximo a usted puede estar un judío. Haga sus ne-

gocios en voz baja; de sus precios y condiciones por escrito. Cada judío es un competidor que anda a la caza de datos. ¡No hable usted en alta voz!

Pero ¿es que la religión obliga a estos individuos a ser falsos, a proceder torcidamente, a vender hasta el honor por lograr unos pesos?

Hasta no ha mucho la profesión de rematadores era característica a los hijos del país. Ahora, los judíos, como en todo, se empiezan a dedicar a ella... La prostituirán, sembrarán la desconfianza y la ejercerán en sus negocios mezquinos y malolientes.

No existía razón alguna para que el hilo de coser subiera de precios después de declarada la guerra. La razón está en que un judío se dedicó a acaparar todas las existencias en plaza y a subir los precios hasta donde se le ocurrió.

¡Oh qué magnanimidad! ¡Cuánto patriotismo! Y, vengan funciones cinematográficos en salones “gentilmente” cedidos por

ese empresario cinematográfico que, en verdad, ni siquiera es austriaco: que es eso, judío.

Aquel asunto célebre y sensacional de las pastillas Yum-Yum... ¡Pobres empresas de publicidad que cayeron en el lazo tendido tan hábilmente por ese judío de Goldsol, con quien tan íntimamente ligados están aún otros judíos del país.

—Créanme, — nos decía el director de un diario — para conseguir avisos de esa gente hay que amenazarlos. Sólo le ayudan cuando tienen miedo.

Uno de los empleados de la casa Bunge y Born, un judío, pícaro redomado, y que ha tenido bastante que ver con la cuestión de los envases de la cosecha, realizó al principio de la guerra (¡oh, esta guerra que tanto ha ayudado a los pillos!) un negocio estupeiando: Propuso la compra a cierto precio del aceite de maní que se producía en plaza. Los fabricantes, como es lógico, no aceptaron, y entonces el judío — haciéndose el taimado — contrató la venta de todo el aceite al precio exigido por los fabrican-

tes... cuando el maní estaba a menos de ocho pesos el quintal. Luego, envió compradores a las regiones productoras, acaparó el maní existente, subió hasta donde quiso los precios, y de este modo obligó a los fabricantes a que le compraran el fruto con el que debían elaborar el aceite por él contratado.

El hermano de ese introductor de pastillas elaboradas con residuos de neumáticos de automóviles, en cuanto se declaró la guerra se marchó a Francia, donde sacó la carta de nacionalización correspondiente. Como, por aquel entonces en París las cosas andaban de mal en peor, el judío logró que se le designara enviado para la adquisición de automóviles en Norte América. Allí, los compró tan bien e hizo tan estupendos negocios, que las autoridades francesas lo llamaron a la tierra de adopción por medio de un tratado que se llama de extradición...



SEGUNDA PARTE



LA USURA

Hemos hablado de las plañideras profesionales que son algunos escritores nuestros con respecto a los martirios y sufrimientos del pueblo israelita. Entre estos literatos cursis — con dolor — hemos de incluir a Soiza Reilly, aunque en el fondo no lo consideramos ni como literario, ni como cursi, ni como ramplón. Soiza es un buen muchacho que tiene, antes que otra cosa, su familia auestas y esto es lo que lo ha llevado a los campos trágicos de Polonia, a la mesa de Hindenburg (si no nos equivocamos), a las antesalas de Poincaré y — ahora — a las zahurdas judaicas de Buenos Aires. En todo lugar, este cronista hábil, ha encontrado tema para enternecer horteras y tobilleras de casas de modas, quienes, desdichadamente, constituyen la más importante masa de lectores metropo-

litanos. Y, por esto, como era de esperar, ha llorado las torturas de esos buenos y pacíficos judíos bonaerenses, víctimas de las iras patoteriles y los excesos del miedo policial.

(Nosotros no comulgamos ni con el patrioterismo de escarapelas ni con el estupendo valor de esos mozos que llenaban los automóviles de sus señores papás con unos cuantos bomberos armados y se dedicaban a visitar cafés y mancebías de baja estirpe).

Esas iras patoteriles, al revés de lo que nos dice Soiza, no creemos hayan llegado más allá de unas vulgares demostraciones de fuerza... ajena. Los martirios que se han hecho presa a los judíos son obra de otros... Quizá de la misma masa popular que, en el fondo, los odia con todos los agravantes ancestrales. Pero no es a esto a lo que queremos ir: nos hemos desviado un tanto del tema a tratarse en este artículo. Queríamos coger la hilacha por el lado de Soiza, quien dice que "el judío es conservador de por sí" y arguye como testimonio irrecusable su característica usura. Uno, que por algo es atrabiliario en el pensar, opina que justamente las ideas maximalistas sobre la propiedad privada se

avienen al carácter semítico...; lo que equivale a decir que en el estado informe que domina el soviet de los soviets de Rusia, existe una separación de clases igual o peor que cuando imperaba el Zar. Veamos: el judío es conservador, según Soiza y algunos otros distinguidísimos sociólogos; siendo conservador (léase avaro) posee todo su capital en moneda contante y sonante, lo que equivale a decir que no tiene nada invertido en bienes inmuebles, títulos hipotecarios o depósitos bancarios; y, como los judíos constituyen buena parte de la población rusa, sería agradable saber en qué condiciones están aquellos otros habitantes a los que se han confiscado las propiedades, depósitos bancarios y títulos al portador... Queda, por lo tanto, en virtud del maximalismo igualador una clase popular sin un céntimo y librada a la evolución de las ordenanzas económicas que dicta el soviet y otra — la población judía, conservadora y avara — con grandes reservas en metálico. He aquí, por lo que el judío proclama el maximalismo (en tierra extraña) por boca de su gente joven...

Sobre la usura, ejercida totalmente por los judíos en el país, hemos de decir algunas cosas interesantes. Si no fuera porque

ciertos espíritus retrógrados de esos que en todas partes hay lo tomarían por otro lado, daríamos nombres y datos concretísimos sobre los principales usureros del país. Pero, para evitar que nos pongan peor de lo que ya estamos a fuerza de dicterios, consejos de amigos, alarmas de canónigos reumáticos y amenazas, nos contentaremos con agregar que a la vista de quien lo desee tenemos esos datos fidedignos, fehacientes, irrefutables o como se les guste llamar.

En nuestro país no sólo las leyes son malas sino que están implantadas en tal forma que a cualquiera, con unos cuantos pesos o unas cuantas influencias políticas, le es dado burlarlas y hasta convertirlas en instrumentaciones de sus fraudes y dolos.

Tal ocurre con buena parte del Código de Comercio en general y con los capítulos referentes al préstamo en particular. Por lo demás, los que actúan en este renglón son en su mayoría judíos, es decir, los que desde que el mundo es mundo se han erigido en vampiros del prójimo, ya que no prestan para cobrar un pequeño interés adecuado sino que simulan la compra (usuraria) con el préstamo y hacen el negocio de quedarse con la prenda pignorada por-

que las leyes y la necesidad de los que a ellos acuden lo autoriza y obliga.

Veamos un ejemplo entre los muchos miles existentes y que nos dará la clave de la forma en que operan los judíos prestamistas:

Existe una casa de préstamos en Buenos Aires que, aunque regentada y administrada por un español, es propiedad de dos judíos. En esto de que el gerente firme los documentos comerciales ya se empieza a desobedecer el Código de Comercio... ¡pero, tengamos paciencia! Aquí quien más quien menos se burla de las leyes lo mejor que puede. Mas, la cosa no para en esto: uno de los propietarios de la casa de préstamos es martillero público por autorización acordada ante el juez Cramwell. Este juez no debe conocer los artículos del Código antes mentado, porque de lo contrario recordaría al art. 113 y 105, justamente con el cual está en pugna el poseedor del título de martillero público a la vez que co-propietario de una casa de préstamos.

Dice el artículo 113: “Para ser rematador, se requieren las mismas cualidades
“ y circunstancias que para ejercer el co-
“ rretaje. Son aplicables a los rematado-

“ res las disposiciones de los artículos 89,
“ 90, 105, 106 y 110.”

Y, entre las prohibiciones del artículo 105, encontramos el inciso 1.º que explica:
“ Toda especie de negociación está prohi-
“ bida, — en este caso a los rematadores
“ — y tráfico directo e indirecto, en nom-
“ bre propio ni bajo el ajeno, contraer so-
“ ciedad de ninguna clase de denomina-
“ ción y tener parte en los buques mer-
“ cantes o sus cargamentos, so pena de
“ perdimiento de oficio y de nulidad de
“ contrato.”

En el inciso 3.º agrega otras prohibicio-
nes, desobedecidas también por el citado
martillero - prestamista: “*Adquirir para*
“ *sí, o para persona de su familia inme-*
“ *diata*, las cosas cuya venta les haya sido
“ encargada, etc., etc.”

En este inciso encontramos algo que se
refiere nuevamente al judío en cuestión,
quien está casado con una modista de bas-
tante importancia, la que adquiere todo
cuanto necesita en los remates efectuados
por su cónyuge en el local de la casa de
préstamos.

Pagadores de todas estas felonías son las
pobres víctimas de la miseria y, también,
de la ignorancia, ya que el Banco Munici-

pal de Préstamos existe precisamente para salvar a la población de las garras de la usura.

Calcúlese la ganancia exorbitante de estos judíos: En tanto el Banco Municipal por 100 pesos cobra al año un interés de pesos doce, los prestamistas, más o menos exigen ciento veinte... ¡Más del cien por ciento!

Uno no se explica cómo estos prestamistas judíos hacen negocios; pero, es que muy pocas veces nos molestamos en coger un lápiz y sacar unos cálculos.

Mil pesos, colocados a 90 días de plazo con un interés de 4 por 100, capitalizable cada tres meses, darán en diez años 1.486.21 pesos.

La misma cantidad, colocada con usura, al 10 por 100 mensual — como estilan los prestamistas—utilizando los intereses para nuevos préstamos, darán al cabo de diez años la fabulosa suma de \$ 4.896.915,19.

Y, aún con esto, los bancos, entre otros el de la Nación, hacen adelantos a estos vampiros, sin mayores garantías; mientras un comerciante honesto o un agricultor ha de arrastrarse, proveerse de mil cuñas, garantías y recomendaciones, para que al cabo no

le concedan el crédito que al fin de cuentas ha de redundar en beneficio del país.

Se dirá que nosotros atribuimos a los judíos el ejercicio de la usura... Sí, efectivamente es así; basta ver una estadística cualquiera para convencerse.

Conste, por otra parte, que hasta ahora hemos hablado de los prestamistas que se acogen a los "beneficios" de una legislación harto elástica...

¿Qué diremos de los compradores de pólizas de empeño; de esa ralea que vive al calor de las oficinas nacionales, donde chupa los sueldos de los infelices burócratas; de los acaparadores de cereales; de los prestamistas agrarios; de los que operan con ropas usadas y libros viejos e inservibles?

Sobre la usura, más de un lector estará enterado; sobre los que la ejercen no creemos exista la menor duda.

Se habla de una raza desdichada y perseguida con grandes condiciones de laboriosidad... Los literatos, desde el señor Lugones hasta Blomberg — sin excepción — se han lamentado de las inculpaciones hechas a estos mártires del odio cristiano.

¡Mentira! Si aquí en la Argentina se les odia y persigue no ha sido por celos de

raza o religión. Bien sabemos la índole semítica del mismo cristianismo... Se les odia por inútiles, por incapacitados a toda labor que requiera energías y actividad. De prestamistas a tratantes de carne blanca los hombres, y de médicas y abogadas hasta proxenetas y regenteadoras de mancebías, las mujeres.

En otro lugar hablamos del pseudo-intelectualismo que tanto se ha zarandeado al hablar de los judíos del país.

No son las cuestiones de raza las que nos llevan a repudiarlos, a asquearnos en su presencia. Es algo que se siente en el estómago o más abajo; algo que a un hombre le subleva e indigna.

Durante los pasados sucesos de esa semana trágica de opereta, un grupo de diez judíos se apersonó — como tantos otros — a la redacción de un diario de la tarde. Eran tipos fuertes, robustos y que contrastaban en sus físicos con la actitud lloricona y lamentable adoptada. Se quejaban de los golpes recibidos en una comisaría seccional donde — justo es decirlo — alguien obró más con los puños que con las disposiciones de la ley. Pues bien, ¿sabe el lector lo que contristaba a una de estas víctimas del falsamente llamado antisemi-

tismo? Pues, que habiéndosele retirado el dinero al ponerle en el calabozo, de tres pesos con ochenta centavos, le devolvieron solamente tres pesos... “Las monedas — decía y repetía — no me las devolvieron.”

¡No le habían devuelto las monedas! ¡Oh, la conturbación de este pedazote de hombre con talla de granadero! ¡Ochenta centavos, eso era todo! La dignidad nada tenía que ver! Las bofetadas eran lo de menos...

Desde el gerente de la alta banca de préstamos hasta el más miserable prestamista de la calle Lavalle, todos sin excepción poseen la misma moralidad e idéntica carencia de escrúpulos. Judíos, antes que nada son judíos... Y, para execrarlos, en lo que a este punto se refiere, no es menester ser cristiano. Un indio guachimango los odiaría, les tendría tanta repugnancia como nosotros.

Se dirá que uno los maldice y que, sin embargo, cuando necesita, los busca... ¡Valiente necesidad! Ya hemos dicho que el acudir a los prestamistas particulares — casi todos judíos — es signo de crasa y suicida ignorancia. Algo hemos adelantado con nuestro Banco Municipal de Préstamos.

Dejemos los judíos para nuestros aristócratas jugadores: desdichados que acuden por préstamos a los acólitos de los judíos que explotan las salas de juego. Díganlo sino los que este año se “divierten” en el Club de Mar del Plata, ¡dónde hay hasta menores comprometidos en miles de pesos!

Este es el “aporte” principal de esa raza laboriosa y perseguida que ha ablandado y enternecido el hígado de unos cuantos literatos ávidos de nombradía.



PROBIDAD COMERCIAL

¿Qué diremos de la actuación de los elementos hebreos con los principales centros financieristas y bursátiles del universo en general y de nuestro país en particular?

Bastaría realizar, como ya lo hemos dicho, una encuesta entre nuestros socios de las Bolsas de Comercio y Cereales. Creemos que dirían cosas más interesantes y oportunas que esos cuatro intelectuales ávidos de popularidad — ¡triste popularidad! — que han colaborado en las revistas semíticas del país.

Las “chicanas”, evasivas, subterfugios y demás recursos inmorales son el medio de que se valen los judíos comerciantes para rendir el cumplimiento de contratos y compromisos. Esto de sobra lo conocen los bolsistas, quienes realizan las más de sus operaciones por compromiso verbal. ¡Calcúlese

lo que puede significar esto para un judío, que ni respeta los documentos comerciales!

“No seas judío” — he aquí la frase proverbial, característica, que a diario se escucha en las ruedas de la Bolsa. ¡Ser judío equivale a ser incumplidor, usurero y far-sante. Los libros de denuncias de las ya citadas instituciones financieras del país nos dan una idea exacta de lo gratos que son los judíos para el resto de los miembros y de las veces que han sido amonestados, llamados al orden y hasta expulsados.

Poseen, por lo demás, una indiferencia que repugna ante cualquier reproche o insulto recibido. El haber sido insultado y abofeteado en plena rueda de bolsistas, que para un otro cualquiera implicaría la última de las vejaciones y una mancha de honor indeleble, para ellos no quiere decir nada. Al día siguiente de ser llamados estafadores y algo más, de recibir las más sonoras bofetadas, ellos aparecen como si tal cosa, sonrientes, recordando aquella máxima de eunucos morales del Talmud: “Sé perseguido pero nunca seas perseguidor. Prefiere ser el maldito a ser el que maldice.”

Transcribimos las palabras de un escritor judío, donde de una manera harto có-

mica se hace la apología de la usura y el proceder comercial:

“La mala fama entre los agentes de comercio ha caído siempre en preferencia sobre los judíos. Las acusaciones de avaricia que se les hacen son infundadas muchas veces. El interés es el derecho incuestionable del prestamista, y sea de cuatro como de cuarenta por ciento, es asunto que deben ventilar entre ellos, pues la ley no lo restringe. Si el riesgo es grande, el deudor debe pagar como tal y si el riesgo es pequeño, el prestamista se contentará con poco. La avaricia de los judíos no es una invención, pero veamos las circunstancias que concurrieron. Si el judío era avaro al prestar su dinero, es porque el mundo le cerraba las puertas, excepto aquella de la sordidez. El cristiano le atacaba con dureza; el judío se aprovechaba y no puede criticársele.”

Y, poniendo a los usureros como benefactores de la humanidad, prosigue el señor panegirista:

“A los que en tiempos pasados se miraba con odio, los vemos a la luz del día como bienhechores. El acreedor precavido examina minuciosamente las condiciones del deudor y se asegura el pago de las hipotecas

hasta el último céntimo. ¿No debe mirárseles como agentes valiosos en la disciplina y educación social? ¿Qué lecciones dan al ocioso, al que no es puntual y previsor! El trabajador y el industrial nada tienen que temer de él; la influencia de tales deudores es beneficiosa, pues de ahí vienen el cuidadoso y el diligente. Puede decirse que los judíos a través de los siglos, cuando fueron envilecidos como sórdidos y avaros, daban al mundo una escuela de las más importantes. Sin duda, han sido rapaces algunas veces, pero no podía ser de otro modo. Todos los caminos les estaban cerrados; la envidia de los artesanos les excluía de los oficios mecánicos, más aún de lo que los americanos excluyen a los negros o a los chinos; las profesiones de la vida pública, eran inaccesibles para ellos: no había dónde escoger.”

¡Nada!, que como nos descuidemos nos van a salir con aquello de que el vivir de una mujer es oficio noble y arte altísimo y que la usura es una de las virtudes cardinales...

Veamos ahora una hazaña de esos célebres y fabulosos Rothschild, que mucho tienen de similar con las hazañas de los comerciantes judíos contemporáneos.

La casa Rothschild era tan voraz como atrevida y llena de tacto, haciendo sentir a menudo al mundo la implacabilidad hebrea, triturándolo sin piedad. Cuando Inglaterra en su lucha contra Napoleón, tenía urgencia de aprovisionar su armada y ejército, los Rothschilds compraban todo el grano y géneros, acaparándolos y haciendo subir los precios mucho, al mismo tiempo que poseían todo el oro. Debían comprarles las provisiones a ellos, y cuando llegaba el pago, debían también comprarles el oro con gran premio. El Tesoro compraba el oro de Rothschild, para pagar las obligaciones a Rothschild; así el hijo de Jacob esgrimía su espada de dos filos contra los gentiles — exclama finalmente el escritor judío.

Siempre la misma falsedad, siempre la misma cazurronería. El supremo recurso de este pueblo que se llama el escogido del Señor, no es la lucha noble y franca sino la acción solapada e hipócrita.

Jamás arriban a un negocio los judíos, por el camino llano de la nobleza y probidad. Siempre, eternamente siempre, aún cuando no tengan necesidad, han de recurrir a las malas tretas y maquinaciones. Es algo innato en ellos; que ya lo tienen

en la sangre; que están a ello conformados, ¡váyase a saber debido a qué causas! Nosotros, no debemos pararnos a meditar sobre si es o no es justo, razonable y obligado este proceder. Para nosotros no hay más que una solución: ¿El judío es bajo en sus procederes comerciales? — Apartarlo sin miramiento alguno. Declararle el boycott, porque implica ruina y peligro, porque representa el odio y el deseo de venganza concentrado y soportado miles de años sórdidamente.

Moisés Montefiore se indignaba sobremanera cuando escuchaba aquello de que “El judío jamás cogió en una mano una espada, y como el insecto voraz acecha para devorarlo lo que produce el trabajo en el cual no tuvo parte.” Para evitar esto trató de que los judíos se hicieran agricultores e industriales. A pesar de su ascendiente y autoridad sobre los judíos tropezó con grandísimas dificultades, y el resultado de toda su prédica fueron algunas malas colonias, en la Palestina, que no tardaron en disolverse.

El éxito de estas manipulaciones comerciales judías ha sido inmenso. Son preeminencias. El cambalachero y el alto financiero son igualmente temibles. Las bolsas de muchísimas ciudades europeas y america-

nas están en poder de especuladores hebreos. En la misma Bolsa de Comercio de Buenos Aires, ellos constituyen una camarilla aparte, que opera y actúa uniformemente, siempre en perjuicio de sus enemigos.

Tienen el alma conformada al igual de aquellos clásicos camareros de los cabarets parisinos de antes de la guerra, a los que se vejaba de mil maneras y luego se contentaba con un luis tirado poco menos que como a los perros. Los judíos por el dinero todo lo soportan y callan.

Otra peculiaridad del comerciante judío es la tranquilidad con que cambia de firma comercial. Hoy es Fulano y mañana Mengano; siempre hace todo esto con el deliberado propósito de no pagar a los acreedores.

Las presentaciones en quiebra son también numerosas. Así salvan sus negocios y perjudican a bancos y mayoristas.

Ahora, nos dirá el lector si puede ser benéfica la influencia ejercida por los semitas en nuestro comercio mayorista y minorista...

No es que uno intente hacer cuestión religiosa; no, se trata de una cuestión de profilaxis social contra males de sobra evidentes.



LAS COLONIAS AGRICOLAS

Una de las más grandes mixtificaciones a que se ha prestado nuestra muy criolla benignidad con los extranjeros laboriosos es ésta de las colonias agrícolas israelitas.

Vistas desde aquí parecen grandiosas. Las tareas agropecuarias realizadas por los judíos resultan estupendas. Uno llega hasta a convencerse de la laboriosidad de este pueblo que siempre fué tachado de holgazán y dado a labores que no requieren gran desgaste de fuerzas físicas e intelectuales.

Mas, aquel que haya estado en el norte de Santa Fé, nos dirá si todo esto es exacto. Sabremos entonces que esa estupenda producción es el resultado de una actividad de acaparadores usurarios; de la mezquindad de aquellos colonos a quienes dimos liberalmente campos, granos y útiles agrícolas. En vano el gaucho o el viajero que

atraviesa la zona de las colonias pedirá un vaso de agua: las puertas se cerrarán inhospitalarias y en todos los colonos que encuentre siempre verá dibujado en el rostro el desprecio hacia aquel que no es de la raza.

Por lo demás, quien haya recorrido el interior del país, podrá decirnos si existe o no una real diferencia entre las colonias de Rafaela, Villa María, Esperanza, etc., fundadas y regidas por italianos y suizos, y estas otras de Moisés-vill, Coronel Suárez y demás pertenecientes a la Jewish Colonisation Association.

En unas, todo el adelanto moderno, la maquinaria más perfecta, los sistemas de cultivo más recientes y el mejor estado de ánimo entre los colonos y peonadas; en las otras, la rutina, el empleo de útiles y carros de labranza que indudablemente datan de los tiempos patriarcales y el más indigente de los desprecios para las autoridades policiales e inspectores de colonias.

Los colonos, en no pocas oportunidades, se han visto entorpecidos por la competencia desleal de otros, judíos, que, aun labrando la tierra, no llegan a serlo. Y, siempre, en todo momento, se encontraron con el fantasma de los usureros y acaparadores

que son en su totalidad dependientes de los consignatarios judíos de la capital.

Los que tienen establecimientos agrícolas y ganaderos en los alrededores de estas famosas colonias judías saben muchas cosas — por experiencia — de cómo practican aquello de “no hurtarás” del Decálogo. ¡Desdichado de aquel que dejándose llevar por la insignificancia de los jornales contrata cuadrillas de peones judíos!... A menos que se descuide se quedará con el campo pelado. Hasta los peces podridos que quedan en las lagunas y lechos secos de los ríos se los llevan estos laboriosos colonos... Todo lo utilizan, guiados por el espíritu de economía de la raza.

Los peones y trabajadores de la región se ven obligados a emigrar debido a la canalla competencia de los judíos. Los chacareros están enredados, maniatados, por los acaparadores judíos. En todas partes actúan siempre en forma de dejar bien sentados sus méritos de judíos.

¡Y, menos mal que ahora existe una Bolsa de Cereales!... Antiguamente las firmas cerealistas más importantes de la plaza — casi todas judías — convenían los precios del trigo, maíz, y demás cereales. Los ponían poco menos que por el suelo.

Los agricultores obligados, presionados por los usureros y prestamistas vendían a cualquier precio; y, así, en poco tiempo los hebreos tenían acaparada buena parte de la cosecha del año. Luego, cuando ellos lo consideraban conveniente, aumentaban las cotizaciones y ganaban lo que querían.

En otro lugar hablamos de los negocios realizados con los envases de la cosecha... con el visto bueno de la Real Comisión Británica, que, esta vez quizá en mérito a haber puesto — o lo que sea — la Palestina en poder de los judíos, les ha permitido todo género de especulaciones y chanchullos.

DESVALORIZACION DE LA MANO DE OBRA

El pequeño industrial judío es un peligro, una constante amenaza de ruina para el artesano nacional. Ocurre con éste lo mismo que en lo referente a los pequeños comerciantes y minoristas.

Una competencia seria contra tales elementos se hace imposible. Viven en zahurdas inmundas, hacinados y alimentándose con “substancias nutritivas” que son toda una revelación. Ignoran el valor del trabajo, del esfuerzo intelectual y corporal: se cuidan sólo de ganar el centavo, de pedir lo inconcebible por cualquier trabajo por complicado y prolongado que éste sea.

La carestía y suba de materiales a ellos no les importa. Aprovechan lo inservible, lo desechado. Transigen con todo, acuerdan créditos en condiciones — aparentemente—

ventajosas. Lo que otro hace por cien, ellos lo dan por diez y... ¡a plazos!

Ignoran lo que es la competencia obrera. Para ellos no hay tarifa ni jornales de operarios: pagan lo que pueden o quieren, lo suficiente para que su obrero — también semita — no se muera de hambre.

Se escapan a todo impuesto porque todo lo hacen a ocultas, subrepticamente, aprovechando la proxenética condescendencia del encargado del inquilinato, en cuyos fondos ellos instalan sus talleres.

En estas condiciones, un obrero consciente, instruido y digno, ¿cómo va a competir? ¿Cómo, de qué medios se va a servir para cubrir los gastos de su presupuesto doméstico, si no le queda ganancia alguna? ¿Es posible que pueda equipararse en producción y elaboración quien tiene conciencia de su obra? ¿Cómo hacer comprender al cliente necio que el artículo barato fabricado o vendido por el judío es inferior a cualquier otro? ¿De qué argumento valerse para convencer a la gente de que nunca puede existir un artículo perfecto y bueno por un precio que no cubre el valor de la materia prima empleada en su confección?

Veamos el caso de los sastres:

¿Cómo es posible que, al precio que están los tejidos, se confeccione un traje por la suma inconcebible de treinta y cinco pesos?

Descomponiendo esta exigua cantidad, ¿cuánto le computaremos al material, a la mano de obra, al desgaste de maquinaria, alquiler de local y ganancia líquida? El cálculo resulta arriesgado y hasta nos tememos salir chasqueados.

Naturalmente, esto sucede si se toma bajo el punto de vista de considerar al artículo como de primera categoría. Mas, la cosa varía si analizamos un poco este estupendo terno, tan económico y hasta elegante en el corte...

Los paños... han sido adquiridos en un remate de averías y son tan consistentes que en cuanto cojan el primer aguacero quedarán más encogidos y arrugados que el estómago de ciertos insignes candidatos a legisladores.

Los forros (y observe el lector, sin malicia, nuestra pericia en la materia), botones, entretelas y demás, proceden de esos trajes que nos compran por precios fabulosos los ropavejeros judíos al fin de cada estación.

La mano de obra es tan exigua como estrecha la de algunos editores. En la confec-

ción del dichoso traje han intervenido hasta las hijas del sastre judaico.

Y ¡la ganancia!... ¡Oh, la ganancia!... ¿Acaso se puede calificar a eso de ganancia, ni aún de retribución?...

Así, con todas estas materias primas se confecciona el traje, dejándose aún de lado la posibilidad de que la misma tela empleada provenga de otro viejo adquirido sabe Dios dónde...

¡Después de esto, ponga usted, caro lector, una sastrería decente, emplee buenos paños ingleses, pague sueldos y jornales de acuerdo con las tarifas vigentes y todavía saque algo para no morir de hambre y hacer buen papel entre sus conocidos!

Otro caso: las imprentas.

Nosotros lamentamos infinitamente que esta obra, en lugar de estar planeada en forma de exposición de las calamidades aportadas por el semitismo al país, no sea una loa a la grandiosidad semítica de esas que — con plausibles finalidades electorales — entonan el doctor Alfredo Palacios y el doctor Albarracín (el de la Protectora...) Lo barata que nos saldría la impresión y los pesos, que cosecharíamos en virtud de la protección de la colonia!

Pero — ¿qué le hemos de hacer? — hay que recurrir a un impresor que paga el papel, los operarios, el alquiler, las máquinas y aún le queda una familia que come y viste como cualquier otro contribuyente. Y, uno no puede exigirle a este hombre más de lo debido ni dejar de comprender lo justo de sus precios.

Los impresores que tienen algo más que hígado en el cuerpo están sufriendo con esta competencia. Competencia que ya no sólo se reduce a los talleres pequeños, que cobran cincuenta centavos por un millar de tarjetas. Se trata de la competencia en trabajos grandes y complicados; de talleres propiedad de judíos, aparentemente, aclimatados en el país y que han actuado hasta en las finanzas nacionales. De una de estas imprentas salen seis y siete diarios cuotidianamente, a los que se cobran 15 y 16 pesos por la impresión de cada página. Por supuesto que usted abre uno por uno a los susodichos periódicos y encuentra los mismos artículos, salvo los editoriales y otras minucias. Ni más ni menos que los célebres “sapos” tan clásicos en Madrid... y en el resto del mundo, donde medre un desahogado.

Calcule si con tales precios puede competir quien trabaje honestamente y abona a sus tipógrafos y maquinistas los sueldos de la Federación Gráfica.

Y, aquí ahora, la segunda fase del mal. Los talleres miserables, regenteados por judíos, presionan al obrero, lo cohiben y terminan por pagarle una miseria, apartándolo así de sus compromisos con sus colegas. Viene así la ruptura de la estabilidad de salarios, que es en lo que todos estamos empeñados, y los obreros conscientes, idóneos y "compañeros" se ven sin trabajo porque otros cobran menos, trabajan más horas y desobedecen los reglamentos de las entidades gremiales.

Lo que ocurre con los gráficos acontece igualmente con las otras profesiones. El obrero necio, sin energías, sin compañerismo, es siempre la primera víctima de su ignorancia. Prefieren la ignominia de un salario de esclavo en el presente a la seguridad de una retribución digna en el futuro.

Hasta el capital se resiente con esta competencia inícuo y desvergonzada del mal obrero. Las fábricas dirigidas por individuos sin escrúpulos desalojan a aquellas otras que empiezan por cumplir con sus

clientes y terminan retribuyendo a sus operarios en debida forma.

Aquí, en nuestro país, estamos muy lejos de esa anhelada regularidad de acción entre capital y trabajo. La culpa es de aquellos que fomentaron la inmigración cosmopolita, de los que no pensaron en el peligro que significan esos elementos como el semita, para el desenvolvimiento social y económico de la nación.

Decimos que estamos lejos de esta aparente utopía, porque los obreros y obreras desconocen los beneficios de la unión sólida de los gremios; porque, desdichadamente, existen industriales y capitalistas amorales que, valiéndose de mercenarios — para lo cual el semita está siempre dispuesto — rompen la unidad de acción de las nascentes asociaciones obreras de resistencia.

La casa Gath y Chaves abona a la costurera cuarenta y cinco centavos por cada camisa de señora de las que vende a seis y siete pesos.

No ha mucho le preguntábamos a una de estas costureras, mujer escuálida y consumida por las privaciones, por qué no hacían una huelga o se constituían en asociación de resistencia. La respuesta fué categórica:

—¿Qué yamos a hacer? Si protestamos nos quitan el trabajo y se lo dan a otra que cobra menos...

Otras “que cobran menos...” ¡Cómo no, caro lector! Hay otras que cobran menos y acaparan costura, porque toman oficiales en su casa — fuera de la inspección de trabajo — y les abonan sueldos que son una explicación de la existencia de tanta trotona por las calles y teatruchos de la ciudad.

En estos días la agitación obrera aumenta, los huelguistas han obtenido ventajas y las grandes tiendas han tenido que ceder. Esperemos...

¿Cuándo tendremos una legislación obrera? ¿Cuándo protegerá el gobierno al buen trabajador? ¿Cuándo nos habremos dejado de política parlamentaria, para echar una ojeada al país que se ahoga bajo la avalancha del extranjerismo absorbente y aniquilador? ¿Cuándo tendremos legisladores obreros y no charlatanes de comité? ¡Cuándo, Señor!

LAS LISTAS NEGRAS

No se vaya a creer que nos declararemos aquí solidarios con esta tiranía de las Listas Negras, ejercida primeramente por el gobierno Británico y posteriormente por el yankee — después de su declaración de guerra a Alemania y también ; después de haberla combatido y restringido en los mismos Estados Unidos!...

Es el caso que, el comercio argentino no sólo ha sufrido por esta presión e intervención aliada, sino que, por reflejo, ha sido víctima de la acción delictuosa y anónima de los que estuvieron medrando al amparo de las Listas Negras.

En lo que a especulaciones en cereales se refiere, no ha existido límite para el agio, la acaparación y la usura. Al amparo de las Listas y de los famosos créditos para la compra de cereales por los gobiernos alia-

dos, han estado actuando los pillos más redomados y exponentes — casi en su totalidad — de la avaricia judía.

Basta citar una o dos firmas, firmas que casi las adivinará el lector: Dreyfus, Huni y Worms, etc. El patriotismo farsáico de los primeros no tiene nombre: han estado comerciando, tanto aquí como en Europa, con la necesidad de los gobiernos. Han llenado sus arcas a costillas de los que caían batiéndose heroicamente por lo que consideraban un ideal noble y patriótico y que en el fondo fué sólo fruto de la ambición de políticos y potentados de la banca. La segunda de las firmas citadas, actuó largamente cuando los preliminares de la implantación de las Listas Negras y el resultado — ¿cómo no había de ser así? — fué su eliminación del *Index* aliado.

Y estas firmas, en las que intervienen muchos judíos, son las sostenedoras de todas las canalladas y piraterías comerciales de estos últimos tiempos. No olvidemos a la Banca Tornquist, que trabaja con capitales alemanes y sin embargo protege a toda la prensa aliada del país. Recordemos la actuación — noblemente patriótica en apariencia, — del fundador de dicha casa bancaria y otros caballeros, como Alberto del

Solar, para evitar un choque bélico con Chile. Busquemos datos y llegaremos a la conclusión de que no todo es altruismo y que así como un Rothschild aprovecha un Waterloo, bien se puede, también por interés financiero, evitar una guerra entré estados pequeños y con políticos dúctiles. ¡Oh, esta pijotera ductilidad de los estadistas pobres de Sud América!

Los alemanes están alegres porque todos los chanchullos de las Listas Negras han sido realizados por *ciertos* aliados... ¡No, señores; hasta por ahí no más! Las firmas aliadas han procedido sinceramente; los que han medrado, los que han operado en grande han sido los judíos, para quienes no existe ni patria ni nacionalidad. Las casas aliadas dudosas son propiedad de judíos. Pruebas tendrá el lector donde quiera; y si no, averigüe algo en esa Compañía Argentina de Publicidad, tan íntimamente ligada con la casa Dreyfus y que por obra de unos periodistas aliadófilos estuvo a pique de perder la concesión de la publicidad del Tranvía Anglo Argentino y... al mismo señor Pedriali. Por fortuna, todo se salvó porque — como dice el señor Hagemann, de la Banca Tornquist — “a ciertos diarios se les compra con cincuenta pesos”;

Ya al hablar del mal periodismo hemos tocado esta cuestión de las Listas Negras. Agreguemos que, así como se compra a los periodistas, se soborna a los cónsules y diplomáticos. No en vano se cambió casi totalmente la representación diplomática y consular de algunos países...

Por otra parte, estas Listas Negras han servido para mil venganzas y cánalleras comerciales. Un caso claro y concreto es el de la inclusión de la firma Martínez y Gunche — empresa cinematográfica con capitales argentinos y dirigida por argentinos nativos — en las Listas Negras. De la noche a la mañana esta empresa se vió alejada del movimiento cinematográfico nacional. Se dió el caso de que los clientes certificaron haber recibido comunicaciones de la casa Max Glücksmann por las cuales se les amenazaba con suspenderles el envío de películas si exhibían alguna producción de Martínez y Gunche en sus salones. ¡Semejante extorsión ha sido ejercida impunemente por industriales judíos contra el capital y la industria netamente argentina!

La famosa cuestión de los envases para la cosecha ha estado desde sus orígenes en manos de judíos. Desafiamos al gobierno británico a decirnos lo contrario por boca

de sus representantes comerciales, los que han fomentado — y fomentan — mil pille-rías y especulaciones con perjuicio de nues-tros colonos y agricultores.

Individuos sin patria y sin decoro, han servido de instrumento a los aliados para fomentar la ruina del enemigo y a los ale-manes para burlar las disposiciones de los aliados. ¡Y, el escudo que siempre ha res-guardado estas piraterías y bajos procede-res ha sido la carta de ciudadanía argenti-na! ¡Con cuánta desvergüenza y cinismo se titulan argentinos y padres de hijos ar-gentinos circuncisos! ¡La cara, de vergüen-za, debiéraseles caer a esos malos magistra-dos que acuerdan la carta de ciudadanía a individuos descastados, sin antecedentes co-nocidos y que ni saben hablar castellano!



ALGO SOBRE EL ESPIONAJE

Esta guerra, que aún no ha terminado, que aún está en su fase preliminar, ha servido, entre otras cosas, para demostrar lo cazurra e hipócrita que es toda la diplomacia. Aún a trueque de indignar al cuerpo diplomático radicado en el país, hemos de afirmár que sus profesionales son, en su mayoría, antes que representantes de los pueblos, el instrumento para toda categoría de indecencias y ruindades. La diplomacia hasta el presente, ha sido secreta y en ello han convenido también los gobiernos que respetan — aún en las más críticas situaciones — la correspondencia y despachos telegráficos. Así se da el caso de que un señor Luxburg diga de un gobierno y de un país lo que no se le dice a un carretillero, porque es más que motivo para que esgrima su cuchillo o ponga en tensión sus biceps.

Como si la diplomacia chanchullera no fuera suficiente tenemos a los espías profesionales, a los espías de ocasión, a los espías inconscientes y a los espías por negocio. Los judíos en esto se han llevado la palma, como se la llevarán siempre que haya que poner en juego la carencia de dignidad que les es característica.

Francia y con ella el resto de los países aliados se hubieran visto derrotados por la astucia teutona a no mediar la acción decidida de ese viejo estupendo que es Clemenceau y que supo — por encima de muchos sacrificios personales y consagraciones — poner su puño férreo y de buen galo, sobre Cailleaux y todos sus secuaces judíos.

Los derrotistas tanto en Francia como en Inglaterra e Italia formaron legión y aún seguirán dando trabajo a los tribunales militares de esos países. Escudados tras esa camaleónica cualidad que les permite cambiar de nacionalidad a cada hora, han sembrado la duda y el temor en toda Europa; y, gracias, que el patriotismo y la reflexión han triunfado, pues de lo contrario uno no sabe dónde habría ido a parar todo...

Bajo el título de pacifistas primero, luego como partidarios de tal o cual gobierno y — ahora — en nombre de la revolución

social: he aquí la forma en que han procedido los asalariados alemanes.

¡Claro! que nos dejamos para comentar la aparte, la obra de los acaparadores, agiotistas y demás profesionales de las finanzas que han hecho la guerra y la han sostenido porque ello les importaba enormes ganancias. Hoy por hoy nadie duda que el conflicto fué gestado por los altos financieros europeos y americanos. Directa o indirectamente han sembrado la discordia y el malestar; la diplomacia secreta sirvióles de auxiliar eficaz; y, como recurso tuvieron la cuestión de armamentos con la que estaban complicadas las grandes industrias y las más prestigiosas figuras de la política mundial.

Ahora, los grandes banqueros judíos, temen al maximalismo que, neciamente, ellos mismos han provocado. Con revoluciones o no, de cualquier modo, la prepotencia de los grandes capitales ha de ceder el puesto a fuerzas más provechosas para la Humanidad.

Hay que diferenciar maximalismo de bienestar obrero. El primero es... política y autocratización de una minoría, con muy problemáticas ventajas para la población obrera. El segundo es la intervención direc-

ta del trabajo en el capital; la recuperación de las ganancias correspondientes por la labor desarrollada en la usina y en el taller; la participación en los beneficios como verdaderos socios industriales que son los trabajadores; la anulación de aquella teoría de que "el obrero con lo que gana tiene suficiente para vivir..."

Y, esta transformación financiera ha de traer, por fuerza, el aniquilamiento de la diplomacia profesional y por ende del espionaje organizado y subvencionado.

A todo esto llegaremos muy pronto. La guerra ésta, con tanto dolor, con tanta ruina, ha aportado más de una enseñanza.

El nacionalismo ha resurgido encaminado, si bien es verdad, por rutas más modernas y racionales. Los pueblos se han hecho un tanto mezquinos, se preocupan de su bienestar y repugnan de los elementos exóticos y tóxicos como el semita. Y, de todas partes, surgen puños crispados contra la diplomacia y el capitalismo que han sido la ruina del mundo durante siglos.

* * *

En nuestro país, el espionaje, tiene también sus cultores. Por un lado los alemanes con fines de propaganda, para perjudicar

al comercio y la industria y, también para comprometer a nuestro gobierno. Por otra parte, los mismos aliados para defenderse de las tretas de los alemanes contra las listas negras...

A unos y a otros, han ayudado eficazmente los judíos. Anda por ahí cierto señor Peuser que, a la verdad, no ha hecho muy buenos negocios... En el asunto Luxburg están complicados no pocos caballeros "semitas" de la colectividad francesa y hasta no es extraño a él cierto periodista al que anteriormente nos hemos referido.

El conde de Orloffky, un noble polaco, con concomitancias ruso-teutónicas, se dedicó no ha mucho — a poco de acallado el asunto Luxburg — a insultar y publicar panfletos contra el doctor Honorio Pueyrredón. Un diario de la capital, merced a los buenos oficios de un repórter, dijo bastantes verdades. Pero... hubo de callar por que intervinieron "ciertos caballeros" franc-masones, semitas y con más agallas que un chulo de la Bombilla, como diría López Silva.

* * *

Conste, también, que si los judíos espías no han realizado aquí más fechorías, es

porque no han querido y tenían negocios más importantes que atender.

Labor de acaparadores, maquinaciones a espaldas de las listas negras, subvenciones por concepto de "Emboscamientos" y otras cosillas más: he aquí lo que les ha llevado buen tiempo a los potentados judíos radicados en la Argentina.

La venta más importante de arpillera verificada en el país fué realizada por los señores Portalis & Co., por intermedio de un señor Casterán, y el comprador fué nada menos que la firma Bunge y Born!!!

Esta cuestión fué muy divertida. El señor Portalis decía que no tenía nada que ver en el asunto, pues Casterán era dueño de negociar con quien quisiera... Este señor callaba aquella cláusula del contrato por el que Casterán no podía operar en cantidades mayores de 1.000 pesos. ¡Y, la venta de arpillera ascendía a un millón!...

Bueno: todo quedó así y Portalis — no sabemos por qué medios — se salvó de las listas negras. El diario "La Italia del Popolo" habló y dijo algunas cosas interesantes, aunque, ya imaginará el lector cómo y por qué fueron dichas.

Y, así, así como hasta aquí, la eterna historia de inmundicias se repite con el

agregado de ser los judíos los que asumen los papeles más importantes.

* * *

Vaya aquí de una vez nuestro elogio para aquellos que, noblemente, corrieron a formar parte de los cuerpos de reservistas, de todas las nacionalidades beligerantes, que partieron para el frente de batalla. Ellos fueron valientes con los hechos y no con las oraciones patrioteras pronunciadas en salones repletos de... emboscados.



EX LIBRIS

Aquí, lector, fina esta serie de disquisiciones sobre el peligro semita en la República Argentina. Es un libro que no tiene nada de trascendental en sí, pero que puede sugerir en muchos espíritus la noción del peligro a que estamos abocados por una falta de visión en los que gestaron nuestras leyes.

No es que uno pretenda fomentar un odio religioso contra el hebreo; se trata sólo de llamar la atención al respecto de los peligros sociales y económicos que su demasiada difusión puede acarrear al país.

En todos los campos de la actividad ciudadana los encontramos y siempre, lejos de darnos una impresión de energía y noble acción, aparecen con todas sus características exclusivistas y mezquinas.

Somos un pueblo joven y aún estamos en el período gestatorio de la nacionalidad. Conviene, por lo tanto, seleccionar aquellos elementos sobre los cuales se plasmará el futuro argentino. Necesitamos de extranjeros — ¿quién lo niega? — pero se impone que ellos sean lo mejor y más viril de todos los pueblos. Para intercambiarnos con razas llenas de lacras y prejuicios preferible es mantenernos en estado salvaje.

Herirá a muchos este libro, pero seguros estamos que los que se sientan tocados algo de culpables tendrán. Las falsas reputaciones están de más: necesitamos hombres y no asalariados y fanáticos. Nuestro porvenir está en el trabajo, en el bienestar obrero y no en la política, el fanatismo ideológico y el imperio de los “capitales de especulación”.

Necesitamos todo: hombres sanos de alma y cuerpo y capitales puros e invertibles en obras productivas pero no al margen del Código.

Necesitamos de todos, siempre que de nuestro suelo no pretendan hacer una Carthago o una Sión.

TIBERIO LOLO.

Marzo-Abril de 1919.

ÍNDICE

	<u>Pag.</u>
Prólogo	7

PRIMERA PARTE

Antecedentes históricos	17
Las trompetas de Jericó	25
La doctrina nacionalista de Barrés aplicada a nuestro problema inmigratorio	35
De la hipocresía	47
De la propaganda revolucionaria como medio de difusión del semitismo	53
En el periodismo	59
En el campo del arte	71
El peligro del pseudo intelectualismo hebraico	83
La trata de blancas	89
Intermedio de Apostillas	95

SEGUNDA PARTE

La usura	105
Probidad comercial	117
Las colonias agrícolas	125
Desvalorización de la mano de obra	129
Las listas negras	137
Algo sobre espionaje	143
Ex Libris	151

*Acabóse de imprimir este libro en
Buenos Aires, en la imprenta
de las Ediciones "Améri-
ca Latina", a doce días
andados del mes de
abril de mil no-
vecientos diez
y nueve.*